ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

MIEL DE LA ALCARRIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ FELÍU Y CODINA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1895

MIEL DE LA ALCARRIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MIEL DE LA ALCARRIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ FELIU Y CODINA

Estrenado en Madrid, en el TEATRO DE LA COMEDIA,
la noche del 8 de Enero de 1895

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

A la Sociedad Española de Excursiones

propagadora del amor á la patria, amiga del arte nacional, guardadora de cuanto es propia fisonomía y castizo espíritu de nuestra hermosa tierra, dedica esta obra

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGELITA (19 años)	Srta. D.ª Carmen Cobeña
RAIMUNDA (35 años).....	Sra. D.ª Rosa Tovar.
ENGRACIA (39 años).....	Sofía Alverá.
GERVASIA (22 años).	Srta. D.ª María Cancio.
SIMONA (parienta).....	Francisca Alvarez.
PETRA (idem).....	María Díez.
RUPERTA (moza del pueblo)....	Concepción Bermejo
CLEMENTE (56 años).....	Sr. D. Miguel Cepillo.
MAURICIO (76 años).....	Emilio Mario.
SANTIAGO (25 años).....	Emilio Thuillier.
LORENZO (20 años).....	F. García Ortega.
DAMIÁN (40 años).....	José García.
LUCIO (mozo del pueblo).....	Fernando Santés.

Una monja, parientes, parientas, mozos y mozas

La acción en los actos primero y segundo se desarrolla en una casería de la Alcarria, á algunas leguas de Brihuega, y en esta última villa la acción del acto tercero

Epoca, la actual

DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Pieza anchurosa en la planta baja de una casa de labor. Paredes enlucidas con friso de azulejos. Techo de viejo artesonado. Al fondo y á la derecha, una ancha puerta sin hojas, por la cual se ve la cocina. Todo el fondo de esta última lo ocupa el hogar de frente con gran chimenea y lumbre; á cada lado, un escaño de mampostería cubierto con esterillas, y delante, uno ó dos asientos de los llamados pesones. Alrededor de la cocina, corren los vasares y la espetera, con vasos, platos y utensilios de metal, limpios y relucientes. A un lado, una alacena. Una ventana lateral, y alta, da luz á la cocina. A la izquierda del fondo, puerta que sale á la pieza de ingreso en la casa Frente á esta puerta un gran armario ó escaparate, en cuyos anaqueles se ven colocadas bandejas y fuentes de plata labrada, y una vajilla de porcelana, todo de gusto y trabajo antiguos. Al lado derecho de la escena, una ventana con postigo de una sola hoja, con cristales que se abren hacia dentro y giraudo en dirección opuesta al público. Al lado izquierdo, en segundo término, una puerta. En primer término, hacia la izquierda, una mesa larga de encina. Sillas y escabeles repartidos por la escena. En la pared, una estaca de la cual penden una escopeta y arreos de caza. Sobre la puerta del fondo una imagen de la Virgen, empotrada en el muro.

ESCENA PRIMERA

GERVASIA, MAURICIO. La primera está limpiando y acomodando los bártulos de la cocina; el segundo entra por el foro abrigado con una anguarina, al hombro una caña de pescar, y al brazo una cesta cubierta con un paño

MAUR. ¡Qué remusguillo corre, Gervasia!

GERV. ¡Don Mauricio! Buenas tardes. ¿Viene usted de pescar?

MAUR. Te diré. Del río vengo; pero pescar, nada he pescado. (Deja la caña y cesta, y se quita el abrigo.)

GERV. (Sin dejar su faena.) ¿No han picado las truchas?

MAUR. Ni una sola en toda la mañana. (Siguiéndola.) ¿Querrás creerlo?

GERV. Sí, señor, que lo creo. Esa es la pesca que se trae usted todas las veces que baja al río.

MAUR. ¡Jé, jé, jé!... ¡Verdad, verdad! A fe á fe, que por mí no queda. Tú habrás oído que el Señor le dijo á Lázaro: «levántate y anda.» Pues al pescador de caña, le dijo: «siéntate y bosteza.» Yo cumplo religiosamente el precepto; me paso las horas mortales con la caña tendida... ¡al higuí, al higuí!... ¡Jé, jé, jé!... Pero los condenados no pican.

GERV. ¡Vea usted, qué bribones!

MAUR. Pues aun así... Mira tú... Yo pescaría, si pudiese ir al río toda la semana. Porque... ¡es claro! ¿qué menos de una semana para coger una anguila?

GERV. ¿Y por qué no baja todos los días?

MAUR. ¡Eso es! ¡No tengo yo aquí mis obligaciones! ¡Buena andaría la hacienda!

GERV. La hacienda, ella se ayuda con lo que rinde y lo que vale, y no neeesita cansar al amo.

MAUR. ¿El amo?... Esta no sabe ni siquiera la mitad de la misa.

GERV. Ya se ve; como que es misa mayor.

MAUR. Para que te conste, madre doctora: este gallo viejo, no canta aquí en su corral. ¡Yo soy un extraño en esta casa!

GERV. ¡Vamos, señor!... ¿Pues no está usted en casa de su hijo?

MAUR. No estoy sino en la de mi yerno.

GERV. Hijo ó yerno, ¿qué más da?

MAUR. Ya te lo explicará tu suegra cuando te cases.

GERV. Bueno, pues también está usted en casa de su nieta.

MAUR. ¡Ah, esa, sí! ¡Esa sí que es hacienda mía! ¿Y por dónde anda la picaruela que aun no vino á averiguar lo que pescó el abuelo?

GERV. Al colmenar se fué con los parientes que llegaron este medio día.

MAUR. Por obsequiarles. ¡Si ella está en todo! (Abriendo la ventana.) Dices bien. Allí en las colmenas la distingo. (Gesticulando y alzando la voz.) ¡Eh, chiquitina!... Ya me ha visto. ¡Jé, jé, jé! .. ¡Cómo se agita, salta, corre!... Es una mariposa. ¿Has visto tú preciosidad como esa? (Cierra la ventana.)

GERV. No, señor, no. Ni abuelo más chocho. Así no me extraña verle á usted siempre tan retozón y tan dicharachero.

MAUR. Ciertamente; mucho, mucho. ¡Y cuánto se ríe la chiquilla conmigo! ¡La he criado tan bulliciosa!

ESCENA II

DICHOS, LORENZO por el foro. Trae en una mano una orza de miel colgada de una cuerda sujeta á las asas; de la otra mano, un barrilito también de miel, y asimismo pendiente de una cuerda; y al hombro la manta y un costal que se supone contener nueces, y las balanzas de pesar la miel

LOR. A la paz de Dios.

GERV. Ya está de vuelta nuestro melero.

MAUR. Y que á tiempo llegas, muchacho.

GERV. (Muy obsequiosa.) Ven, y siéntate á la lumbre.

LOR. No tengo frío. (Deja en la alacena la orza y el barril, y sobre un escaño, la manta, el costal y las balanzas.)

MAUR. ¡Pues mira que sopla un cierzo!...

GERV. ¡Anda, hijo, que tomarás un tente en pie!

LOR. A su hora. No traigo hambre.

GERV. ¿Ni un vasito de vino?

LOR. Nada.

GERV. (En voz baja.) ¡Te lo doy del rancio!

LOR. Ni del rancio. No traigo sed.

GERV. Con una rosquilla.

LOR. Gracias.

GERV. ¡Pues condénate, desabrido! Que te hizo Dios más seco que una gavilla de sarmientos.

MAUR. ¡No seas cerril, hombre, y déjate regalar! Que al cabo no es costal de paja este pimpollón alcarreño.

GERV. ¡Mala vergüenza, que ha de requebrarme el abuelo, estando aquí un mozo!

MAUR. ¿Pues qué le vale á este ave zonza, sino el medio siglo de más que traigo á cuestas? (A Lorenzo.) Si me pillas cincuenta años antes, no eras tú quien se bebía el vino rancio... ni quien se comía las rosquillas.

GERV. ¡Miren lo que me pierdo!

MAUR. Por haberte retrasado. En mis tiempos no les parecía yo á las mozas gavilla de sarmientos.

GERV. Buen pescador haría usted entonces.

MAUR. ¡Y entonces si que picaban!

GERV. ¡Ay, qué don Mauricio!

MAUR. Alégrate, hombre. ¿Qué te sucede para que siempre te veamos con esa cara de entierro?

LOR. Si no es que me pase nada. Dios me ha hecho así. ¿Está en mí el dimudarme? Eso no es facultativo.

GERV. Ya sé lo que tú tienes. ¡Ay!... Desvanecido. ¿Qué ventolera te ha dado ahora?

LOR. (A Mauricio.) ¿No quiere usted la cuenta?

MAUR. ¿Qué tal se ha vendido la miel?

LOR. De vacío vengo. Y más que hubiera llevado. Rebañé la orza en Guadalajara.

MAUR. ¡Dame entonces lo que traigas, que buena falta nos está haciendo!

LOR. (Dándole un puñado de monedas que trae en el pañuelo) ¡Ahí va!

GERV. ¿Pues no dice que le está haciendo falta? (Riéndose.) ¡Qué gracioso!

MAUR. Voy á apuntar la entrada de este socorro. (Saca de la alacena un cuaderno, tintero y pluma, y se sienta á la mesa, cuenta detenidamente el dinero, y apunta en el cuaderno.)

GERV. (Al otro lado de la escena, bajando la voz, á Lorenzo.) ¡Qué humor de viejo!

LOR. ¡Sí, humor!

GERV. Dí que eres un hurón, y quisieras que todos padeciésemos de itericia.

LOR. Lo que tiene el abuelo es mucha pesadumbre, que no puede con ella.

GERV. Y por eso se la deja arriba, guardadita en su arca.

LOR. Es que disimula. ¿Ves tú lo que quiere á la señorita? Pues porque no se le pegue á ella la tristeza.

GERV. ¡Mientras no se nos pegue á todos la tuya!...

LOR. A mí que me dejen. ¿Le digo yo algo á nadie?

GERV. Aunque no digas. ¿Crees tú que á mí se me escapa? ¡Rústico, gañán!... Tú estás enamorado de la señorita.

LOR. (Después de una breve perplejidad.) Pues sí que lo estoy.

GERV. ¿Te has vuelto loco?

LOR. Ella no lo sabe, ni lo sabrá en toda la vida; conque me parece que estoy cuerdo.

MAUR. ¿Sabes que te sobran aquí unos reales? (Óyense fuera voces y risas.) ¡La niña!... (Acudiendo á la ventana.) ¡Ya viene! (Entrega á Lorenzo el cuaderno, tintero y pluma.) Guarda esto; ajustaremos más tarde la cuenta. (Lorenzo guarda lo dicho en la alacena.) ¡Oid, oid, qué bullicio! ¡Es una campanilla de plata!

ESCENA III

DICHOS y ANGELITA

ANG. (Desde la puerta.) ¡Abuelito!

MAUR. ¡Hola, hola!... Princesita de la sangre, ¿qué escapatoria ha sido esta?

ANG. Adivine lo que traigo. (Mostrándole un paño doblado, que cubre unos panales.)

MAUR. Rayos del sol y puñaditos de estrellas.

ANG. Ahora va usted á ver.

MAUR. Nunca se viene sin traerme su regalejo.

ANG. (Mirando hacia afuera.) Adiós... Que no tarden ustedes. A las cuatro es la reunión... Hasta luego. (Entra en la escena.) Pues... un par de panales chorreando miel y cortaditos por estas manos. Para que se relama usted. (Descubre los panales sobre la mesa.)

MAUR. ¡Jesús, Ave María!... Pero, ¡tú te has atrevido!...

ANG. A mí no me pican las abejas.

MAUR. (A los otros.) ¡Es una valiente!

LOR. Sí, que lo es. Ya la vide yo andar en las corchas, y... como en un palomar.

ANG. Las abejas me conocen; saben que soy la princesa heredera de los colmenares. Allá me entro yo tan intrépida, sin ponerme antifaz, ni manoplas, ni nada. Y levanto la montera de una colmena y corto lo que quiero de los panales, sin que una sola de aquellas señoras saque el aguijón para tirarme una estocada. ¡Y cuidado, si son bravías! Conmigo, no. Se levantan por el hueco en pelotón, y revolean, y zumban... ¡hu, hu!... Pero no es que me injurien, ni que me amenacen. Es que me arrullan, que me cantan, diciéndome: «¡Toma nuestra miel, tómala, que para tí la labramos!»

MAUR. Y para el regalón del abuelo. (Dando los panales á Gervasia.) ¿Con quién te venías riendo?

GERV. Con los parientes sería.

ANG. Los de Valderrebollo, que han venido más temprano. La Simona y la Blasa y los demás. Fuimos á recorrer la huerta, y al abejar, y nos alejamos por el monte hasta el segundo molino.

MAUR. ¡Lo que habéis andado!

ANG. Pues ahora se han ido por la carretera abajo, al encuentro de los de Brihuega y Torija, que vendrán en el coche del tío escribano. Yo me he quedado, porque tengo que vestirme de gala.

GERV. El vestido nuevo.

MAUR. ¡Pues, no, que no!

GERV. ¡Poco maja que va á estar con todo aquel aderezo encima! ¡Y decir que no tiene puntada que no la hayan dado esas manitas de plata! Pero, ¿quién la ha enseñado á hacer tales primores?

ANG. ¡Oh! pues si hubieses conocido á mi madre... Esa sí... ¡pobrecita!... ¿Verdad, abuelo?

MAUR. Dios la tenga en la gloria.

ANG. Mi madre, sí. En cada mano tenía ella un amuleto para hacer maravillas.

MAUR. Era una bendición de Dios.

LOR. (Que ha seguido con atención esta última parte del diálogo desde el hogar.) Sí, que lo era.

MAUR. (Volviéndose á Lorenzo.) ¿Te acuerdas tú?... Este la conoció. (Recobrando de golpe su jovialidad.) Pero tratemos de lo alegre... ¡de lo alegre!... De nuestra función, nuestra fiesta de esponsales. (Lorenzo se pone á atender con inquietud.) ¿Tenemos ya prevenida la cuchipanda?

GERV. Sí, señor. De Brihuega traje esta mañana el chocolate y los bollos.

ANG. Y he hecho yo dos fuentes de natillas para los golosos...

MAUR. ¡Natillas también!

ANG. Cosa exquisita. Y una bandeja más grande que una alberca, colmadita de bizcochos bañados.

MAUR. ¡Digo, digo!

ANG. ¡Al golosazo, cómo se le está haciendo la boca agua!

MAUR. Lo único que me sobra en este convite son los convidados.

ANG. Ahora empieza en el Ribazo la animación y el bullicio.

MAUR. Y el gasto de chocolate. Prepara el molinillo, Gervasia.

ANG. Ya se concluyeron en esta casa la quietud y la soledad. ¿No hemos vivido aquí bastante tiempo, como dos excomulgados, sin trato de alma viviente; usted pescando, yo cosiendo ó bordando, ó refugiada en la lectura de versos y folletines?

MAUR. Pero, ¡tan abrigaditos los dos, tan en sosiego!

ANG. Y tan hastiados, ¡ea!... La verdad. Esto es muy triste. Que entre la vida en el Ribazo. Parientes, visitas, conversaciones, obsequios. Que huela esto á tomillo y á romero; á primavera, á los diecinueve años que Dios me deja tener. Además, yo maduro mi idea. ¿Cuánta fatiga no nos cuesta el lograr que mi padre haya vuelto por fin á la Alcarria?

Ahora que ya le tenemos aquí, lo que pretendo es que no nos abandone otra vez.

MAUR. ¡Ojalá fuera posible!

ANG. Espero que lo sea. Porque... mire usted... yo, á fuerza de cavilar, he dado en una sospecha; y pienso que los cinco años que ha tardado padre en resolverse á venir por acá, después de la muerte de mi madre, no los tardó porque le detuvieran sus negocios, como él afirma. La razón es otra. La razón es que, como la desgracia... ¡válgame Dios!... como la desgracia le pilló lejos de aquí, tan lejos... comenzó á imponerle respeto la idea de que iba á regresar, y de que entraría en casa y en el nido ya no estaría la pobre avecilla... Y de este modo ha ido retardando, retardando... Porque hay que hacer memoria de cómo quería él á mi madre.

MAUR. Sí, sí, basta; ya te he entendido.

ANG. Por otro lado, yo creo que padre tiene resentimiento con nosotros. Y muy justo. Hay que confesarlo. Sobre todo, con usted, abuelo.

MAUR. ¿Cómo?... ¿Por qué?... ¿Qué dices?

ANG. Tiene en el alma el dolor de no haber visto morir á su esposa. Yo me lo explico. Es un desconsuelo. Y de eso, ¿quién tuvo la culpa? Usted que no le advirtió de la gravedad del mal, en los dos años que duró aquella agonía. Ni me dejaba á mí que se lo escribiese.

MAUR. No lo quería la enferma.

ANG. Porque siempre esperaba curar. Y así se murió. Luego, de repente, la noticia. Un golpe á traición.

MAUR. ¡Hija mía!... No te ocupes ahora...

ANG. Todo eso quiero enmendarlo. ¡Y lo consigo! Padre se queda con nosotros.

MAUR. ¡Como tú te empeñes!... ¡Brujilla!

ANG. Lo difícil era traerle. Vea usted si le he traído.

MAUR. Ciertamente; en eso triunfaste. Ojalá te salgas del todo con la tuya. Que sí te saldrás... Volvamos á nuestra fiesta.

GERV. Hay que sacar las bandejas y la vajilla de escaparate.

MAUR. (Sacando una llave de entre algunas que lleva en un manojo.) Toma y despacha.

ANG. Ya era hora de que volviese á abrirse este armario.

GERV. (Que ha tomado la llave.) Hoy se repica gordo. (Abre el escaparate y va sacando lo que se ha dicho; debe quedar en los estantes lo suficiente para que sigan bien provistos y decorados.)

LOR. (Que durante la última parte del diálogo ha estado en el fondo, junto al hogar, se acerca ahora al proscenio con inquietud.) Pero, ¿que ha llegado el amo?

ANG. Está aquí desde ayer tarde.

MAUR. ¿No sabías que se le aguardaba para hoy?

LOR. ¿Y hoy es el día de los dichos?

ANG. Hoy viene don Wenceslao á pedir mi mano para su hijo. Luego, la presentación del novio á la familia reunida. Los dichos, mañana.

LOR. ¡Negado de mí!...

MAUR. ¿Qué es lo que te pasa?

LOR. Sin haberme enterado de que hoy había de ser todo eso...

GERV. Como no te han pedido licencia...

MAUR. Lástima que no hayas puesto tú el visto bueno.

LOR. No lo dije por tanto, sinos que... ¿Y cómo viene el señor?

ANG. Ahora, cuando dé la vuelta, podrás saludarle.

LOR. (Impaciente y violento, coge del escaño la manta y se la echa al hombro.) Como hai de tomar otra vez el camino. (Se dirige turbado y presuroso hacia la puerta del fondo.)

MAUR. (Deteniéndole.) Tú te quedas aquí, donde haces falta.

LOR. ¿Yo, qué falta hago en esta función?

MAUR. No es hoy día de paseo. (Lorenzo deja la manta.) Mira; ya debe estar llegando tu amo.

ANG. (Llegándose á la ventana.) No; es Santiago el que se apea.

MAUR. Sal á cogerle la yegua al novio, cara de viernes.

ANG. ¡Ay, qué muchacho! (Lorenzo se dirige perezosamente hacia la puerta.)

GERV. (Que ha ido sacando del armario bandejas, platos, marcelinas y vasos, y dejándolos en la cocina, cierra los cristales y devuelve la llave á Mauricio.) La llave, señor. (Entra en la cocina.)

LOR. (Parado en el umbral de la puerta del fondo.) Ya no soy menester. Se apea él solo. (Se hace adentro al aparecer en la puerta Santiago.)

ESCENA IV

DICHOS y SANTIAGO por el fondo, con capote de monte, sombrero hongo de anchas alas, espuelas y en la mano un látigo

SANT. (Desde la puerta.) ¡Ah, de casa!

MAUR. (A Angelita.) Un pobre á la puerta.

ANG. Entra, entra.

SANT. ¿Hoy no dan limosna?

ANG. (Cogiéndole de la mano.) Vamos, pasa, romancero.

MAUR. Ahí tienes; la limosna y el santo. No hay más que llevar. (A Lorenzo, que iba á salir.) Cuelga el capote.

LOR. ¿No hay que acomodar la yegua?

MAUR. Después.

LOR. Será después.

SANT. (Que ha estado quitándose el capote, al dárselo á Lorenzo, con zumba.) Adiós, Lorenzo... ¿Cómo estás, hombre?

LOR. Pasando vamos.

SANT. Pasar, ya es gran cosa. ¿Qué era de tí? Ya iban días que no nos veíamos.

LOR. Como yo estoy en lo mío, y usted está en lo suyo, pues claro que no nos podemos ver.

SANT. ¡Hombre, ni que fuéramos dos enemigos!

LOR. Es un decir.

SANT. Pues no lo digas.

LOR. (Después de colgar el capote.) Voy á acomodar la yegua.

SANT. Vé y acomoda la yegua. Que Dios te lo pague, hombre. (Lorenzo se va por el fondo.) ¡Pobre diablo!... (Riéndose.)

ESCENA V

DICHOS, menos LORENZO.

ANG. ¿Has visto á la tía abadesa?
SANT. Cumplí escrupulosamente el rito.
ANG. Así quedas bien. Hoy no podía faltarle tu visita.
SANT. Y he visto á toda la comunidad. Te saludan.
ANG. También padre ha ido al convento.
SANT. Le dejé en el locutorio.
ANG. Siete años que no veía á su hermana.
SANT. ¡Siete años!
MAUR. Dos que llevaba fuera cuando enviudó, y cinco más que ha tardado luego.
ANG. ¡Si tendrán ambos cosas que decirse!
SANT Sobre todo, proponiéndose don Clemente volver á ausentarse mañana mismo.
MAUR. ¡Erre que erre!
SANT. Así se lo he oído.
ANG. Luego entraré yo con la rebaja.
MAUR. Como esta gitana no le hechice...
SANT. ¡Ya lo creo que le hechiza! ¿Quién no cede á la dulzura de ese melindre?
ANG. Siéntate. (Santiago se sienta á la derecha de la mesa.)
SANT. ¿Y no hay obsequio?
ANG. (Al cabo de allá de la mesa.) Hay lo que tú apetezcas. ¿Quieres catar mis natillas?
SANT. Eso luego. Por ahora me satisfago con un sorbo de nuestro vinillo alcarreño.
ANG. ¡Gervasia!
GERV. (Desde la cocina.) Ya lo he oído. Voy, voy.
MAUR. Saca un jarro de ese vino. Ya sabes; el de los buenos mozos. (Gervasia pone en la mesa dos vasos de los llamados de Avemaría, y un jarro de vino.)
SANT. (Invitando á Mauricio á que se siente.) Ande usted, don Mauricio.
MAUR. Yo soy gran devoto del onceno.
SANT. Usted no nos estorba.

ANG. Sí que estorba, porque se ríe de lo que nos decimos.

SANT. Ande usted; que el vino á solas no es regalo. (Mauricio se sienta frente á Santiago, el cual echa vino en los dos vasos.)

MAUR. (Alzando el vaso.) Ave María.

SANT. (Lo mismo.) Ave María. (Beben.) También he saludado á los de Valderrebollo. Me pararon en la carretera.

ANG. Cierto; que por ella se fueron ahora poco.

MAUR. Buen enjambre de zánganos.

ANG. Me alegro de que te hayan visto. ¡Vendrías tan guapo, caballero en la yegua!

SANT. Guapísimo. Imagina tú. De esto sí que se va á reir el abuelo.

MAUR. Lo que hago yo es buscar donde guarecerme, porque en comenzando los piropos...

ANG. ¡Vaya si venías apuesto! Te he visto yo desde allí. (Señalando á la ventana.)

SANT. Como venía era muy contento, borbollándome la dicha en el corazón, desafiando al mundo. Y la felicidad es el gran afeite para hacer los rostros bien parecidos.

ANG. Así tendré hoy el mío.

SANT. Tú siempre estás encantadora.

ANG. Conque te lo parezca á tí...

SANT. A mí y á todos los que me tienen envidia.

MAUR. (Levantándose y apartándose.) Ya empezó la pedrea.

SANT. ¿No lo sabes?... (Advirtiendo el movimiento de Mauricio.) ¿Se aparta usted? Venga acá, don Mauricio.

MAUR. Esa es música para dos. (Volviendo á sentarse.)

ANG. No nos decimos nada que espante.

SANT. Ni que sea un secreto. Que nos queremos mucho.

ANG. Y que nos ha hecho Dios el uno para el otro.

SANT. ¡Boquita de bendicion!

ANG. (De brazos sobre la mesa, en actitud íntima de amorosa abstracción.) Yo sí que bendigo la tuya.

SANT. ¿Por qué?

ANG. Porque me dijo amores. (Mauricio vuelve á apartarse; los novios no lo echan de ver.) Hasta

que tú no me hablaste, yo ignoré que tenía juventud, y que era bonita, y que ya estaba en disposición de conquistar un novio. (Mudando de tono.) Desde hoy vas á serlo de veras.

SANT. ¡Y con qué gana morderé el anzuelo! (Ruido de cascabeles fuera.)

GERV. (Acudiendo de la cocina á la ventana.) Ahí llega un carruaje.

ANG. Serán los de Brihuega.

GERV. Doña Engracia es, que viene sola en una jardinera. (Vase apresurada por el foro derecha.)

MAUR. ¿Esa también?

ANG. (Yendo hacia la puerta.) ¡La tía Engracia!

MAUR. Ella es. ¿No te lo han advertido los cascabeles?

ESCENA VI

DICHOS y ENGRACIA

ENG. (En la puerta, besándose con Angelita.) ¿Cómo está mi prenda?

ANG. Bien venida.

ENG. Abuelo, buenas tardes.

MAUR. Guarde Dios muchos años á la ricahembra.

ENG. Señor novio... aunque usted no quiera...

SANT Señora tía...

ENG. Futura, hijo. Todavía no...

SANT. Pero muy al caer.

ENG. El que caiga será usted, que es quien se casa. (Siéntase.) ¿Y cómo va por acá?

ANG. Ya ve usted; muy bien. Todos muy contentos.

MAUR. ¿Y usted? Tan frescota siempre y tan empavesada.

ENG. Ya estás viendo que no he faltado.

ANG. No iba usted á ser tan pícara.

ENG. Pepa, no... A mi hija no la traigo... Se lo he dicho: «Tú, no.» Porque la pobrecita... En fin .. (Mirando á Santiago.)

SANT. Pues lo sentimos mucho.

ENG. Ya, ya...

ANG. Buen réspice la aguarda.

ENG. Yo, sí. no he querido dar ocasión de comentarios. En seguida se habla .. Eso, sí; me he venido con anticipación, porque en el coche, apretujada entre los otros... Se lo dije á Percúdez, el farmacéutico: «Présteme usted su jardinera, porque de lo contrario, se la hago rabona á mi primo y á mi sobrina.» ¡Ya lo creo! El boticario, conmigo... ¿Qué quieres, boca? Con los mejores arreos mandó enjaezar.

MAUR. Ya hemos oido el campanilleo.

ENG. Y te digo la pura, hija mía; quiero que me lo agradezcas.

ANG. Ya se ve que sí.

MAUR. Luego; luego serviremos el chocolate.

ENG. Porque pienso estarme con vosotros lo más que pueda. Te falta tu madre... Dios la haya perdonado... y en siendo que se trata de boda, hay que guardar el majuelo.

SANT. En este pago no entran gorriones.

MAUR. No hacen falta bausanes.

ENG. Para bausán, ahí estaba usted.

MAUR. ¡Que no fuera ello cierto, para espantar pájaros y... pájaras!

ENG. Pues por tí, sobrina... como lo oyes. Hago un verdadero sacrificio, porque abandonar yo mi rinconcito de Brihuega, y mi tertulia, y mi balcón á la calle de las Armas, los días de mercado... Y luego, que no hay allí gira de campo, ni bateo, ni fiesta, á donde Pepa y yo no vayamos convidadas. Es un sacrificio el ausentarme; ya verás cómo tu padre me lo agradece.

MAUR. Y los de Brihuega también.

ENG. El abuelito siempre con esa chispa.

MAUR. Se corre la pólvora, porque usted llega.

ANG. Y por el feliz motivo que la trae.

ENG. ¡Sí, sí!... Muy feliz motivo. Estarás contenta, ¿verdad?... mielecita de la Alcarria...

ANG. ¡Podría no estarlo!

ENG. Sea enhorabuena, hija; que para tí ha sido todo en nuestra casa. Para tí el patrimonio, para tí la boda, para tí la fama. Naciste á tiempo.

SANT. (A Mauricio.) Empalagosa viene.
MAUR. No; empalagada.
ENG. No se sentirá tan gozoso tu padre.
ANG. Sí, por cierto.
ENG. Aunque lo disimule. ¡Pobre Clemente! Por él, sobre todo, me he decidido á venir. Hay que distraerle, porque encuentra aquí recuerdos...
ANG. También encontrará dichas.
ENG. ¿Tú qué sabes? ¿Tú qué sabes?
ANG. Pues, ¿qué hay?
MAUR. (Interponiéndose vivamente.) Que arriba espera el vestido nuevo, y que vienen los convidados, y que la novia no va á estar compuesta. (Coge á Angelita de la mano, separándola de Engracia y dirigiéndola hacia el foro.)
SANT. (A Engracia.) Señora ..
ENG. ¡Si no digo nada!... Pues, ¿yo qué he dicho?
MAUR. ¡A vestirse! ¿Qué calma es ésta?
ANG. (A Santiago.) ¿Te marchas tú?
SANT. A ver si llega tu padre. Tengo tan poco que andar...
ANG. Hasta luego.
MAUR. (Llevándola de la mano.) ¡De prisa! (Mirando á Engracia.) ¡Maldita cotorrona! (Vase con Angelita por el foro derecha.)

ESCENA VII

ENGRACIA y SANTIAGO

ENG. ¡Qué farsante es este viejo! Mire usted si no sabrá la niña...
SANT. No, señora; no sabe nada.
ENG. Por mí no lo ha descubierto.
SANT. Cerquita le anduvo. Pero Dios es todopoderoso.
ENG. ¡Ay, si no lo fuese, qué fraterna le caía á usted encima, ahora que le tengo á mano!
SANT. ¡Suéltela, señora! ¿Necesita usted sangre? Yo la ofrecezco mi cabeza inocente.
ENG. ¿Sabe usted por qué no ha venido mi Pepa?

SANT. ¿Por qué?

ENG. Porque yo se lo he aconsejado: «Pepa, no vayas.» ¡Picaronazo! ¡Bien se ha reído usted de nosotras!

SANT. Señora, yo nunca...

ENG. A mi Pepa la tenía usted tan consentida... Me decía la criatura: «¡Le peté, mamá; yo creo que le peté!...»

SANT. Por dirigir cuatro piropos y bailar unas polcas...

ENG. ¡Oh, bailando, bailando, habría usted dado el resbalón! Pero le tocaron música más sonora, y se marchó usted á bailar con la otra orquesta.

SANT. Rodaron las cosas...

ENG. A la postre, ¿qué es casarse? O vender ó comprar. Y no hablará usted mal de la feria. El negocio que hace es redondo.

SANT. Mejor de lo que usted se figura.

ENG. Miel de la Alcarria.

SANT. Sí, señora; así la llaman.

ENG. Mucho dinero.

SANT. Y mucha hermosura y mucho corazón.

ENG. ¡Uf!... ¿Se hace usted el romántico?

SANT. El enamorado.

ENG. La dote, hijo, la dote. Esa es la madre del cordero. Las dehesas, y los montes, y las majadas y los pares de mulas...

SANT. ¡Oiga, oiga! ¿Me trae usted ecos de la chismografía? Pues, atienda; que me importa responder y dar el quite á esos tijeretazos. Sí, señora; yo soy muy claro; aunque cursé en la corte, he vuelto á traerme de allá mi franqueza lugareña, y no quiero que se me tenga por más santo de lo que soy. ¿La dote, dice usted? Justamente, la dote. Por ella pensé yo en boda, y tras de ella vine á este sitio.

ENG. Tampoco ha vuelto usted tartamudo.

SANT. Vivía yo con el ánimo ocioso... aunque bailaba polcas con su Pepa de usted. Me era indiferente cualquier partido; casarme ó no casarme. Pero mi padre decía que á mí me tocaba redimir del cautiverio el patrimonio

de nuestros mayores... Porque eso ya lo sabe aquí todo el mundo.

ENG. Sí, señor; sí.

SANT. Somos hidalgones rancios; pero hoy por hoy, sin otra sombra que nos cobije más que la de nuestro arbol genealógico. ¡Si nos picará el sol!

ENG. Por la frescura no se le conoce á usted.

SANT. Sórdidos y aleves eran, pues, los pensamientos que yo alimentaba, cuando alguien que los conocía empezó á decirme, señalando á esta casa:—«¡Lo que hay allí!... Miel de la Alcarria... ¡Cosa soberbia!»—¡Ay, doña Engracia de mi alma! Decidíme y me arriesgué. ¡Bendita la hora en que tal hice!... ¡Miel blanca, pura, dulcísima, mi doña Engracia!.. ¡Qué interesante, qué deliciosa criatura, aquí recogida, quieta, arrimada al amparo y al cariño de ese vejete solitario! Un corazón sano, que echó flor á la caricia de mi primer requiebro; dieciocho años como un mazo de lirios, lozanos y frescos; una juventud ardorosa y cándida, que para mí rompió en su primer arrebato. La miel sobre hojuelas, amiga mía; pero, ¡qué hojuelas! ¿eh?... ya ve usted qué hojuelas.

ENG. Lástima que á ese ser tan poético, no le deje volar el lastre de una herencia tan prosaica.

SANT. Somos jóvenes, enamorados, el mundo es nuestro, y la verdadera opulencia de nuestra vida será querernos. ¿Hemos de sacrificarla porque la fortuna levanta un montón de riquezas entre los dos?

ENG. Nada de eso. ¡Jesús, qué lástima! A lucirlo, á gozarlo, á recorrer el mundo en tren de recreo.

SANT. ¡Quiá, hija mía! Tenemos otros proyectos. Paletos somos los dos, y le profesamos mucho cariño á este pedazo de nuestra tierra. ¿Saben ustedes para qué quiero yo esos terrones que me trae Angelita? Para gozarme destripándolos y revolviéndolos con la cuadrilla de mis gañanes. Se verá aquí

un labriego titulado, un ricohombre del terruño, como en los tiempos añejos de Juan Pascasio y doña Flamba. Ardase el mundo en ostentaciones y fiestas al lado de allá de estos cerros. Yo aquí me quedo con mi paleta; en nuestra Alcarria. Regiré mis labranzas, perfeccionaré mis cultivos, aumentaré las rentas y el caudal, no por avaricia, sino por decoro. Y si algún día, á ese manso y humilde Tajuña que corre por allá abajo, le diere la ocurrencia de desmandarse y subiera á invadirnos y devastarnos, en medio de la inundación, sobre cualquiera de los maderos que flotasen, habían de vernos á Angelita y á mí, que nos íbamos pobres, despojados, perdidos, siguiendo la corriente en busca de otro sitio donde poner á salvo nuestro amor. Pero, ¡qué estoy ahora charlando!... Mil perdones. Usted era la que se subía al púlpito, y al cabo he sido yo quien ha echado el sermón.

ENG. Sí, por cierto. Pero como si se lo hubiera usted predicado al negro del cuento.

ESCENA VIII

DICHOS y MAURICIO por el fondo izquierda

MAUR. (Dirigiéndose airado á Engracia.) ¡Ea!... se salió usted con la suya.

ENG. ¿Todavía dura eso?

MAUR. Ya está la chiquitina sospechosa, deseando saber... Y le faltaban ocasiones para ponerse alerta... Bastábale á usted con haber venido justo á la hora del chocolate, que es lo único que se le ha perdido por acá...

ENG. Oiga usted. Yo no necesito venir al Ribazo para merendar. Ni me hace falta pretexto para presentarme en este sitio, cada y cuando me plazca.

SANT. Son chanzas de don Mauricio.

ENG. Ribazos somos, y no sabemos las vueltas que puede dar el mundo.

MAUR. ¿A que nos pone un pleito cualquier día?

ENG. Bien pudiera; sépalo usted. Porque si se apura, los papeles no están muy claros. Pero ya le consta á Clemente que no quiero darle guerra. Muy al contrario. Por algo, allá en tiempos hubo lo que hubo; y si no se hubiera atravesado... En fin. El se casó, yo no había de vestir imágenes... y para ciertos disparates sólo Dios tiene remedio.

MAUR. (Excitado.) ¿Qué disparates?... ¿De qué disparates habla usted? ¡No agraviemos, no agraviemos!

ENG. Usted es quien se pica. Yo no digo nada. (Volviéndose á Santiago.) ¿He dicho yo algo?

MAUR. Harto deja comprender.

ENG. Y aunque dijera. Yo no le quito á un alma la gloria ó el purgatorio que Dios le haya dado; pero de lo que ha ocurrido en la tierra se puede hablar...

MAUR. ¡No, señora! ¡no se puede! No lo quiere Clemente; no lo tolera.

SANT. Vamos, don Mauricio.

MAUR. Tiene usted muy mala lengua. A usted ¿qué le hizo aquella pobrecita?... ¡Tanto como sufrió la desgraciada! .. Sufrió mucho... (sollozando.) ¿No lo vimos todos lo que sufrió? ¡Disparate!... ¿Y por qué dice que Dios puso el remedio? ¿Porque se la llevó á la infeliz... porque se la llevó después que nos la hubo devorado la enfermedad?... (Llora.) ¡Que nos la devoró!... Lo estuvo viendo todo el que aquí entraba... Nos la devoró poco á poco, hasta que en dos años no quedaron para la tierra más que los huesos. Cinco años han transcurrido... Cumplidos ya... El día de Santa Teresa. Cinco años, y parece que aún se la oye allá arriba, con aquel plañido de día y de noche, y aquella oración á la Vírgen Santísima...

SANT. Vamos, abuelo, abuelito.

ENG. No se trastorne usted.

MAUR. Y me la está usted ofendiendo. Eso no es noble, no es cristiano. Tengo aquí el clavo, aquí en el corazón... y usted viene y lo ahonda. ¡Mala lengua!

ENG. Perdone usted; venga acá.
MAUR. ¡El cielo nos guarde de una mala lengua!
(Vase por el foro irritado y sollozando.)
SANT. ¡Engracia, por la Virgen del Madroñal! Ténganos usted misericordia.
ENG. Si vuelvo á despegar los labios... ¡Jesús! Aunque se me pudra la palabra en la boca.

ESCENA IX

SANTIAGO, ENGRACIA y GERVASIA por el fondo

GERV. Ya viene el señor.
SANT. Muy bien. Le saludo y prosigo mi marcha.
(Toma su capote y vase por el fondo.)
GERV. Y llega con él un coche lleno de señoras.
ENG. ¡Qué animación! ¡Cuántos años que no se veía en esta casa... (Ruido de conversación y risas fuera.)

ESCENA X

DICHOS, SIMONA, PETRA y algunas otras parientas, por el fondo derecha. La primera y una ó dos más, visten de paletas acomodadas, con mantilla de galón; Petra y las restantes, de señoras, con mantón y mantilla de velo. Salen charlando atropelladamente y riendo

GERV. (Desde el umbral.) Pasen las señoras. Muy buenas tardes.
SIM. Mía quien está aquí. La prima Engracia.
PETRA ¡Esta faltaba!
ENG. (Acudiendo y besando á todas.) ¡Simona!... ¡Lo que has engruesado!... ¿Y esta es la Petra? Te encuentro desconocida, mujer. ¿No te prueba bien el matrimonio? Ya le diré yo al truhán de tu marido...
PETRA El no tiene la culpa.
ENG. (Volviéndose á las otras.) ¡Cuánto bueno, cuánto bueno! ¿Habéis venido en el coche?
PETRA Se han bajado los hombres para que subiesen ellas.

GERV. ¿No se quitan ustedes las mantillas?

ENG. Eso es. Poneos á gusto, que en nuestra casa estamos. (Se quitan las mantillas y mantones, y los recibe Gervasia.) Acomódalas tú.

GERV. Lo haré en seguida. (Deja las mantillas y mantones doblados sobre una silla, y entra en la cocina donde aviva la lumbre del hogar, echando leña y soplando.)

ESCENA XI

ENGRACIA, SIMONA, PETRA y parientas, en la escena. GERVASIA en la cocina. CLEMENTE, por el foro derecha con MAURICIO, que le sigue, mostrándole miramiento y humildad

MAUR. Entra. Ya estás en tu casa. Tomarás reposo...

CLEM. (Entrando lentamente.) Sí... El que se pueda. (Se sienta á la izquierda.)

ENG. ¿Cómo va desde esta mañana, primo?

CLEM. ¡Oh, que ya estabas tú aquí!

ENG. Vine en la jardinera de Percúdez. Como él me pretende...

CLEM. Ya me han contado en Brihuega... ¡Válgame el Señor!... ¿Cuándo sentarás esa cabeza?

ENG. Por de pronto, nos sentaremos nosotras. (Van á sentarse.)

GERV. (Saliendo de la cocina.) ¡Arrímense las señoras al hogar, que le he puesto una lumbre muy hermosa!

ENG. Dios te lo dé de gloria, hija mía, porque el frío va arreciando. (Éntranse todas en la cocina y se sientan junto al hogar, unas en los escaños, y otras en los posones, y continúan charlando y riendo durante las escenas siguientes. Gervasia coge las mantillas, y se va por la izquierda. Mauricio anda inquieto por la escena; mientras dura el diálogo anterior mira á Clemente, y duda en acercarse á él, lo que verifica al cabo de una pausa.)

MAUR. En los siete años que tuviste abandonadas tus heredades, no se ha distraído un celemín de grano, ni una azumbre de vino, ni un ochavo de tu dinero.

CLEM. (Con blandura.) Lo supongo así. No hay por qué darme cuentas.

MAUR. (Sacando un cuaderno.) Aquí las tienes. No ha crecido la hacienda, eso no, porque hijo mío, esta pobre cabeza no valía para tanto gobierno. Pero aquello que lo tuyo ha rendido, á tu disposición está; sin merma te lo encuentras.

CLEM. ¡Hombre, don Mauricio!... (Rehusando el cuaderno.) ¿Quién le pide á usted eso? Mi hacienda quedó para los que en ella quedaron.

MAUR. No ha sido menester.

CLEM. ¿Entonces, de qué han vivido ustedes?

MAUR. De lo poquito que era nuestro. Las colmenas pertenecían á tu mujer. Y la enfermedad, el entierro, la educación de Angelita... Todo lo han costeado nuestras abejas.

CLEM. Cuanto hay aquí debe pasar mañana al dominio de Angelita. Rinda usted, cuando sea hora, las cuentas á su marido. Yo me marcharé sin llevar de aquí, ni una hierba, ni una semilla.

MAUR. ¿Sigues en tu propósito de marcharte?

CLEM. ¡Oh, sí! Mañana.

MAUR. ¿Por qué te destierras así?

CLEM. No me hable de eso, don Mauricio?

MAUR. ¿Nunca volverá á ser esta tu casa?

CLEM. Fué mi paraíso; harto lo sabe usted. Luego... Me obliga usted á recordarlo... Luego me arrojaron el desengaño y el ultraje.

MAUR. ¡No, no!... Delante de Dios aseguraría...

CLEM. Inútil conversación, don Mauricio. Aborrecí estos sitios, los abandoné. Hoy que vuelvo á ellos, me rechazan igualmente; donde quiera, me sale al paso el recuerdo palpitante... Lléguese usted y escuche lo que murmura aquel corro de mujeres, lo que se recorta y saja al amor de aquella lumbre, bajo la campana de nuestro hogar. Don Mauricio, aquello vive y alienta todavía; persigue, asalta, y yo huyo. Estos sitios me son intolerables.

MAUR. ¿También tu hija?... ¿No quieres á tu hija?

CLEM. Sólo por ella he vuelto á pasar aquel um-

bral. La familia de Santiago exigió mi presencia, y he venido. La doy en dote mi patrimonio entero...

MAUR. ¿Y tú cariño?... ¡Tu cariño!

CLEM. ¡Basta, don Mauricio! Nos atormentamos.

MAUR. ¡Silencio! Ahí está la niña.

CLEM. ¿No sabe nada?

MAUR. Yo la he defendido...

CLEM. Bien hecho. Que no lo sepa.

ESCENA XII

DICHOS, ANGELITA por la segunda puerta izquierda, vistiendo un traje nuevo

ANG. (A Clemente.) ¿Ha venido ya mi forastero? (Le abraza.) ¡Buenas tardes, padre!

CLEM. Guárdete Dios, pimpollo, lucerito.

MAUR. ¿No la estás viendo, qué gentilísima viene?

ANG. Como que hoy es mi primer día de gala.

SIM. ¡Ay, qué guapa se aparece la novia!

ENG. ¡Que se vea, que se vea!... (Unas se levantan y salen á rodear á Angelita; otras atienden á la escena sin dejar su sitio junto á la lumbre.) Deslúmbranos con ese lujo.

ANG. Lujo, no tal. ¡Si es muy sencillo!

CLEM. Pero muy elegante.

PETRA ¿Quién lo ha hecho?

MAUR. Ella; es su propia modista.

ANG. (Cogiéndose del brazo de Clemente y paseando.) Ayúdeme usted á lucirlo.

PETRA Cierto que el traje es precioso.

ENG. No está mal.

MAUR. ¿Tiene usted algún pero que ponerle?

ENG. ¡Para hecho en casa!...

MAUR. Ya se vé (A las otras.) Como ella se viste por el figurín de Guadalajara...

SIM. ¡Vaya, que das gozo!

ENG. Hija, así engalanada, ¡cómo te pareces á tú madre!

SIM. Vente á la lumbre con nosotras.

PETRA Anda; presidirás el corro.

ENG. Es que fuera de allí, se queda una yerta.

ANG. Vayan ustedes. Yo con mi padre. (Vuelven Engracia y las otras á ocupar sus sitios junto al hogar. Clemente se sienta á la izquierda.) Eso es. Ahí sentadito, y yo á su lado. (Se sienta junto á Clemente.) ¡Cualquiera me separa á mí del lado de usted!

CLEM. ¡Muy bien, muy bien!

ANG. Ni á usted del mío.

MAUR. (¡Qué zalamera!)

ANG. Tengo muchas cosas de que hablemos. Siete años; siete alcancías llenas, llenas.

CLEM. Todos tus ahorros

ANG. Sí, todas mis economías de cariño y expansión. ¡Y he ahorrado tanto!...

CLEM. Pues, ¿y el abuelo?

ANG. El abuelo me dejaba que arrinconase para usted.

MAUR. Yo, con poquito me socorría.

ANG. Verá usted qué caudal tengo aquí reunido. (Señalanda al corazón.) Caricias, mimos, confidencias... también alguna quejilla...

CLEM. ¡Qué criatura!

ANG. Y sobre todo... una manita de reprimenda... Porque lo primero, será regañarle.

CLEM. ¡Oiga!... A ver, á ver.

ANG. No, ahora no. Lo dejo para cuando ya haya dado el sí á Santiago. No fuera usted á enojarse y me dejara compuesta y sin novio. ¡Ya le tomaré á usted por mi cuenta!

CLEM. (A Mauricio.) Es un diablillo.

MAUR. ¡Tiene una chispa!... ¡Y qué genio! ¡Lo que es el geniecito!...

ANG. ¿Por qué me le asusta usted? Nada de eso, padre. No me coja usted miedo.

CLEM. ¡Miedo de tí! Todo lo contrario.

ANG. De manera, ¿que ya no huye usted?

CLEM. ¡Huir! ¿Quién dijo tal cosa?

ANG. Bueno; huir ó marcharse. ¿Tampoco se marcha?

CLEM. Eso, mañana sin falta.

ANG. Pero, ¡qué prisa!

CLEM. Ya sabes que es necesario.

ANG. ¿Por qué es necesario?

CLEM. Imprescindible.

ANG. Dejémoslo ahora. Ya veremos lo que tasa un sastre... ó lo que taso yo, que soy modista. (Levántase.) (Esto es muy raro.)

ESCENA XIII

DICHOS y LORENZO por el foro derecha

LOR. Esos señores... Los del Castillón... Que ahí llegan.

MAUR. ¿Ya han descabalgado?

LOR. No, entodavía. Es que los vide subir por el repecho.

MAUR. ¡Y te dejé alerta para que les sirvieses al apearse! Sal á recibirles. (Lorenzo va á salir.)

CLEM. Aguarda. (Lorenzo se detiene.) ¿Quién es este?

ANG. ¿No le conoce usted? Este es Lorenzo.

CLEM. Sí, sí... Lorenzo.

LOR. Para servir á Dios y á usted.

MAUR. Huérfano de Matías el guardabosque.

CLEM. ¿Se murió tu padre?

LOR. Solo estoy en el mundo.

CLEM. Pues aplícate, hombre. Te has hecho un mocetón.

ANG. Tiempo hemos tenido, los que éramos pequeños, para llegar á grandes. ¿No es verdad, Lorenzo?

LOR. ¡Sí, señorita!

MAUR. ¡De prisa ahora á lo que te he mandado! Y ayuda luego á Gervasia cuando se sirva el refrigerio.

LOR. Bien está. (Desde la puerta.) Los del Castillón. Ya echaron pié á tierra.

ANG. ¡Ya están ahí!

CLEM. (A Lorenzo.) Introdúcelos en el estrado. (Vase Lorenzo.) Aquí te quedas, hija mía. Vamos, don Mauricio.

MAUR. Yo, ¿qué papel tengo allí?

CLEM. Se le debe oir á usted también.

MAUR. Pues ya sabes. Yo, que sí. Todo lo que la muchacha quiera. En fin, vamos. (Vanse los dos por el foro derecha.)

ESCENA XIV

ANGELITA, ENGRACIA, PETRA, SIMONA y PARIENTAS

ANG. (Parada en la puerta del fondo.) Ya estamos en el momento solemne. La verdad es que no me siento tan gozosa como debiera. Esa resistencia de padre á quedarse en el Ribazo... No es á humo de pajas, no... ¡Vaya, si tiene su intriga! Hay algo; algo que padre no quiere descubrirme, ni el abuelo tampoco. (Mirando al grupo de junto al hogar) A éstas se lo hago yo explicar. Porque éstas lo saben. Lo sabe la tía Engracia... ¡Para que no se lo tenga referido á las otras! (Acercándose al corro.) ¿Cómo va eso?

ENG. Adiós, mielecita.

ANG. Sigan ustedes, sigan. ¿Quién pagaba la fiesta?

ENG. La teníamos muy en paz.

ANG. Vamos, que de algo se murmuría.

SIM. Por estas cruces, que no.

ANG. ¡Y yo que me llegaba á meter mi bazal...

ENG. Para todo hay remedio. Siéntate. ¿Y contra quién venías?

SIM. ¿A murmurar del novio?

PETRA ¿Del suegro?

ANG. Pues... de mi padre.

ENG. ¿Deseas cortarle un sayo á tu padre?

ANG. Háganme un ladito. (Se sienta en el corro.) Nada maligno, por supuesto, ni que se oponga al amor y respeto que me inspira. Pero, vamos á ver, ¿no merece que le critiquen por su obstinación en vivir ausente de los suyos?

ENG. ¡Ah! ya...

ANG. Yo digo que esa porfía tiene su misterio. ¿En qué consistirá?

ENG. La verdad es que ya debiera esta niña hallarse al corriente de las cosas de la familia. Y así, con delicadeza, bien se le puede contar...

PETRA Ya es una mujer.
SIM. Y va á casarse.
ANG. Y están ustedes rabiando por decírmelo.
ENG. No te vayas á disgustar.
ANG. ¡Dios mío! pero, ¿es algo tan grave?
ENG. ¡Vamos, que algo conoces!...
ANG. Nada absolutamente.
ENG. Pues verás, hijita mía... Reveses que dispone Dios...
ANG. Con tiento, muy bajito, que están ahí los criados.

ESCENA XV

DICHAS, GERVASIA y LORENZO, por la segunda puerta izquierda; luego MAURICIO, que atraviesa por el fondo.

(Gervasia saca un mantel, con el cual cubre la mesa, ayudándola Lorenzo. Luego van sacando bandejas de refrescos, bollos, bizcochos bañados, fuentes de natillas, tarros de miel y todo lo que es menester para la merienda. En el corro sigue la conversación en voz baja, desprendiéndose de los gestos y actitudes de las interlocutoras, y singularmente de los de Angelita, cómo va adelantando la explicación que hacen á esta última.)

GERV. Ven acá; cubriremos la mesa. Tira tú por ahí. ¡Que tires, encantado! (A Lorenzo, que se distrae mirando á Angelita.) Tráete ahora las fuentes y las bandejas. (Lorenzo sale por la puerta dicha las veces que sea oportuno durante el diálogo, y va sacando el servicio; Gervasia lo coloca todo convenientemente sobre la mesa. Por el foro cruza Mauricio de derecha á izquierda.) ¡Uy!... ¡cómo la mira el gran babieca!... Mientras, se la están concediendo á otro. ¿Despachas?
LOR. (Saliendo.) Ya voy... Como no estoy suelto en estas faenas...
GERV. ¡Anda y no te embobes! ¡Si no es para tí!
LOR. Ya sé yo eso.
GERV. (Acomodando en la mesa las fuentes y bandejas.) Las natillas... los bizcochos... Con tanta miel y tanto azúcar, ¡quién pudiera poner en esta

mesa el plato más dulce, ¡que es el que falta! ¿No atinas cuál?

LOR. Tú te lo dirás todo.

GERV. El de la sastifación. Porque bien decías tú, que todo el humor que aquí se gasta es postizo. Me lo ha contado ahora el mayoral que trajo á las señoras, y... ¡vamos, que no sospechaste tú la razón que tenías! Por supuesto, me lo ha explicado el mayoral con toda reserva.

LOR. Entonces, haz por guardársela.

GERV. Es historia vieja; sólo que... ya se ve... ahora con el reclamo de la boda, ha vuelto á sacar la cabeza.

LOR. Voy por los jarros del vino.

GERV. Parece que hubo aquí una desazón muy gorda.

LOR. A tí, ni a mí, ¿qué se nos da?

GERV. ¡Baja la voz maldito, que está allí la señorita! Una muy negra; lo peor que puede ocurrir en un matrimonio. Por eso se marchó el amo.

LOR. El amo se fue porque le dió la gana.

GERV. (A un lado moderando la voz.) Se fué, porque descubrió que su mujer... (En este momento suspende el diálogo de los dos criados, el grito que lanza Angelita junto al hogar, poniéndose viva y fieramente en pie en medio del corro, herida por la revelación que de las parientas acaba de escuchar, después de haber estado hablando con ellas cautelosamente.)

ANG. ¡Mi madre!... ¡Silencio, basta, callen esas bocas!... (Se lanza fuera del corro, avanzando hacia el proscenio.)

ENG. Oye, ven...

GERV. La señorita... Callemos... (Vase por la izquierda. Lorenzo la sigue.)

ANG. (Tapándose el rostro con las manos.) ¡Jesús! ¡Santísima Virgen!... ¡Qué desatino, qué villanía!... ¿Quién es aquí la loca? ¿ustedes ó yo?...

ENG. (Siguiendo á Angelita lo mismo que las demás.) Ya te hemos dicho que no te arrebataras.

ANG. ¡Mi madre!... ¿Pero es cierto que me hablaban ustedes de ella?

ENG. Descanse en paz. Ya la llamó Dios á su presencia.

ANG. ¡Oh, sin duda alguna! Consigo la tiene Dios en el cielo. Pero aquí en la tierra, yo, su hija, digo que miente... ¡miente! todo el que refiera esa infamia que acabo de escuchar.

ENG. ¡Tú lo has exigido!

PETRA ¡Nos has sonsacado!

ANG. ¡Señor, Dios mío, qué malo es el mundo! Se ausentó el esposo, y fué necesario inventar una explicación que envenenase la gloria que aquí teníamos. ¡Ah, no! ¡Cómo ha de ser esa la causa de aquella partida! ¡cómo ha de creer mi padre eso que le atribuyen!... (A Engracia.) Ni usted debiera creerlo tampoco. Ni usted, ni esas, ni nadie. ¡O no entrar en esta casa, trayendo en la cabeza el pensamiento que nos insulta! ¡Decir, suponer, imaginar siquiera!... ¡Madre, madre de mi alma!... ¡Madre mía!

ESCENA XVI

ANGELITA, ENGRACIA, SIMONA, PETRA, PARIENTAS, MAURICIO, con un legajo de papeles. Este va á cruzar por el fondo de izquierda á derecha; al observar la alteración de Angelita, penetra en la escena. Luego GERVASIA.

MAUR. ¿Qué tiene la niña?

ANG. ¡Abuelo, venga usted á imponer silencio á esta gente! (Bajo.) ¡Hay que echarlas!... Tenía usted razón; quedémonos, solos... ¡solos!

MAUR. ¿Te han dicho?...

ANG. No sabe usted que vil impostura.

MAUR. (Rompiendo á llorar.) ¡Hijita de mi corazón!

ANG. (Sorprendida.) ¡Qué!

MAUR. (A las otras, con amargura.) ¡Así Dios se lo pague, buenas mujeres!

ANG. (Bajo.) ¿No las echa usted?

MAUR. (Abrazándola y hablándole bajo.) Es tarde; ya han venido ahora. No podemos. Habría escándalo.

ANG. Que lo haya.

MAUR. ¡Y en qué ocasión!... Está allí el padre de Santiago.

ANG. Aunque esté.

MAUR. ¡Ya te explicaré luego!...

ANG. Pero, ¿qué puede usted explicarme?

MAUR. No provoques á esta gente, no la hostigues. (Dirigiéndose á las otras con fingida obsequiosidad.) Perdonen ustedes.

PETRA No hacemos caso de ese pronto.

ENG. Es una chiquilla.

MAUR. (A Angelita.) Ya hemos concedido tu mano. Ahora voy con las escrituras. Se esta tratando de la dote.

GERV. (Saliendo por el fondo.) Ahí llegan los de á pie.

MAUR. Salgan ustedes á recibirles. En seguida va á servirse la merienda. (Vanse Engracia y las demás por el fondo derecha.)

ANG. ¡Ay, abuelito de mi alma!

MAUR. ¡Válganme las ánimas benditas! (Vase por el mismo lado.)

ESCENA XVII

ANGELITA

ANG. ¡Oh, la acusaron!.. ¡La calumniaron!... Yo no creo en tu culpa, no madre mía. ¡Yo te defiendo, yo creo en tí!.. Me dejaste en la tierra para eso, y... ¡te lo juro en este momento en que por aquella puerta va á penetrar el hombre amado, dueño de mi felicidad! Yo no seré suya; no pensaré en mí ni en él, hasta que no haya conseguido el rescate de tu memoria adorada. Esta será mi empresa, madre mía. Y yo la cumpliré. ¡Te lo juro!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

LORENZO, GERVASIA, RUPERTA, LUCIO, MOZOS y MOZAS del pueblo. Aparecen los mozos y mozas colocados en parejas, acabando de bailar al son de guitarras y discantes que figuran haber tañido otros mozos puestos á un lado. Lorenzo está sentado al hogar, de espaldas á la escena. Gervasia ha bailado con Lucio. Risas y algazara

LUCIO ¡Bien se ha bailado!

RUP. No puedo con mi alma.

GERV. (Dirigiéndose á la mesa) Andar, que han dicho los amos que hubiera su miaja de remojo.

LUCIO ¡Vivan mil años! (Se acercan todos á la mesa, en la cual habrá jarros de vino, miel, bollos y otros restos del agasajo servido en el acto anterior. Los mozos comen y beben.) ¿Y tú?... ¡Lorenzo!... ¿no te arrimas un zurriagazo? (Gritándole desde la mesa.)

LOR. (Desde su sitio.) Déjalo...

GERV. Llégate siquiera, y haz el acato mientras vuelven los señores.

LOR. (Yendo á la mesa.) Ahí estabas tú para eso.

RUP. Quita, que nos has dejao á todas más feas de lo que somos.

LOR. Yo no bailo.

GERV. Pues en cuanto venga la señorita, tú bailarás, más que rabies. Como que pa eso, pa que rabies, estás elegido con la obligación

de sacar á la novia al ruedo en nombre de tóos.

RUP. ¿Por tóos baila éste?

LUCIO ¡Ya tiés que bailar!

LOR. Estoy yo pa danzas.

RUP. Ahí llega el acompañamiento.

ESCENA II

DICHOS, MAURICIO, ENGRACIA, SIMONA, PETRA y otros parientes

LUCIO ¡Dios guarde á los novios!

MOZOS ¡Salud!

PETRA No vienen los novios, no vienen.

MAUR. (Saliendo con Engracia del brazo.) Descanse aquí, mi simpática doña Engracia. (La ofrece silla, en la cual ella se sienta.)

ENG. ¡Qué blando se pone el clima, don Mauricio!

MAUR. (Confidencialmente.) ¿No ha vuelto á preguntar la chiquitina?

ENG. No, señor; no ha vuelto. Aquello fué tan solo un chaparrón de verano.

MAUR. Dios quiera que con la ceremonia y el barullo, se haya desvanecido la nube. Usted no le dé pábulo.

ENG. No señor; no le daré. Echo un candado á mi boca, y le entrego á usted la llave.

MAUR. Pero, ¿no se queda usted con la ganzúa?

ENG. ¡Buena se puso la niña!

GERV. Pero, ¿y los novios? ¿Se ha quedao con ellos en arras el señor cura?

SIM. El coadjutor fué quien les tomó los dichos.

MAUR. La niña se ha subido á su cuarto. (A Engracia.) Muy inquieta estaba. Viene en seguida.

ENG. Y el novio se fué con su padre á dejarle otra vez archivado en el Castillón.

MAUR. (Volviéndose á los otros.) Y... vamos á ver. ¿No se había armado la danza?

GERV. Sí, señor.

MAUR. ¡Adelante! (Recorriendo el grupo) ¡Oiga, oiga! Todas las buenas mozas del pueblo.

ENG. Usted, ¿qué entiende ya de buenas mozas?
MAUR. Todavía, todavía queda la devoción. ¡Como no he sido hereje!...
GERV. Ahora, en bajando la señorita, romperá otra vez el son.
LUCIO Ella tié que abrir vez con Lorenzo.
ENG. Pavonéate, mozo.
LOR. No cansaré yo las guitarras.
ENG. Y á eso, ¿qué va á decir el novio?
GERV. Pues, nada; porque como no se baila agarrao...
MAUR. ¿No se baila agarrado?... Ya no podré yo bailar.
ENG. Claro; faltándole la muleta...

ESCENA III

DICHOS, DAMIÁN, por el fondo derecha. Trae colgando de una correa, por delante del pecho, una urna ó pequeño escaparate con una imagen del Niño Jesús. Trae también una cesta al brazo

DAM. Bendito y alabado...
GERV. El señor Damián.
MAUR. Entre, hermano demandadero.
DAM. ¡Uy, cuánta gente!
ENG. Persígnese, que encuentra la casa llena de pecadores.
DAM. ¿Bailaban? Si no hay malicia, el baile no le asusta al Niño.
MAUR. ¡No asusta á los viejos!...
GERV. ¡Ay! ¡Trae usted el Niño!
DAM. Siempre me acompaña. (Descubre la urna.)
GERV. Venid á verle. ¡Qué hermoso!
DAM. Aquí le dejo para que le adoren. (Deja la urna sobre la mesa; los paletos acuden.)
SIM. (Besando la urna.) ¡Si parece de carne!
GERV. ¡Qué rico!
DAM. Ahí tiene el cepillito para las limosnas. (Volviéndose á Mauricio.) Salía á dar mi vuelta por esos pueblos, y me encargó la madre abadesa que trujese á ustedes la visita del Niño, lo cual ha de ser bien para los novios.
MAUR. Sí, en verdad. Tome usted para el cepillo.

ENG. Tome, hermano. (Ambos le dan dinero.)
DAM. Sea por Dios. (Echa el dinero en el cepillo de la urna.)
ENG. La abadesa está en todo.
DAM. ¡Oh! Es una señora, y parece un obispo. Además, me manda traer unas frioleras para obsequio de los convidados que ustedes tengan.
MAUR. Aumentado se lo vean la abadesa y el convento. ¡Gervasia!. (Gervasia toma y retira la cesta.)
DAM. Y, finalmente, que en manos de ustedes ponga este pliego. (Saca un pliego grande y se lo da á Mauricio.)
MAUR. Eso es.
ENG. ¿La carta dotal?
MAUR. Que se le envió á ella para que la aprobase. Como es una persona de tantas luces...
DAM. Dice la señora que el documento le parece muy bien.
MAUR. ¿Y no descansa usted un rato?
DAM. Sí, me siento. ¿Dónde ha de ser?
ENG. El hermano quiere tomar algo.
GERV. Venga á la lumbre.
DAM. Sí, cerca de la alacena, mejor. Las dulzuras para el cortejo.
ENG. ¿No le gustan al niño las golosinas?
DAM. Quebrantan el ayuno y no corroboran. (Gervasia le conduce á la cocina y le sirve de merendar.)

ESCENA IV

DICHOS. ANGELITA por la izquierda

RUP. ¡La señorita! Ya viene.
LUCIO Buenas tardes, usted y la compañía.
RUP. Y sea para bien.
ANG. ¡Hola, Ruperta!... ¿Cómo te va, Lucio?... ¿Y vosotros?...
MAUR. (A Engracia.) Está nerviosa.
LUCIO Aquí á festejar á usted.
MAUR. Y te aguardan para que empieces el baile. Con que... ¡animarse!

ANG. Deténganse. No puede ser ahora Me duele la cabeza; hoy volvía á picar el sol.
MAUR. ¿Estás mala, hija mía?
ENG. ¿Qué tienes, perla?
ANG. Nada, un poquito de melindre. Déjenme, que ello pasará.
MAUR. (Apenado, á Engracia.) ¡No se templa esta gaita!
ANG. Bailaremos esta noche.
LUCIO Lo que usted disponga.
ANG. Ea, pues... Hasta luego
LUCIO Hasta más ver.
RUP. De aquí á la noche. (Vanse los mozos, formando comitiva. Gervasia, Simona, Petra y parientes les siguen. Lorenzo ha desaparecido por la izquierda)

ESCENA V

ANGELITA, ENGRACIA, MAURICIO y DAMIÁN

MAUR. (A Angelita.) ¿No adviertes quién está allí? (Mostrándola á Damián que está junto al hogar, comiendo.)
ANG. ¡Ah! el señor Damián.
DAM. Para lo que guste mandarme.
MAUR. Ha traído una demostración de bocaditos y cubiletes de las monjas.
DAM. Y quedaba la madre aguardando á ustedes.
ANG. ¡Cuánto lo siento!... Hoy ya no podemos ir- Se ha pasado la hora y nos cogería la noche.
DAM. Será mañana.
ANG. Dígale usted que me ha pesado mucho. Bien sabe ella lo que la quiero, y que aquí somos obedientes siervos suyos.
ENG. ¿Y qué tal se encuentra la prima Raimunda?
DAM. Sor Magdalena, querrá usted decir.
ENG. Bueno; es lo mismo.
DAM. Ella se hace la sana y la fuerte, pero es á puro de voluntad, que la tiene muy obstinada, con perdón sea dicho. La verdad del caso es que se mortifica mucho.
ENG. Siempre halló el mismo placer en tiranizarse. ¡Qué afición á la Cuaresma!

MAUR. Habiendo carnavales.

ENG. Para ella, nunca. Había salido tan severa y tan arisca... Así paró, finalmente, en una celda. Por allá me espere muchos años.

MAUR. ¡Lo que esperará! Porque detrás de los carnavales, querrá usted gozar la Piñata.

ANG. (Impaciente.) ¡Qué buen humor tiene usted hoy, abuelo!

MAUR. Todos; todos lo tenemos. Así celebramos tu felicidad.

DAM. Yo seguiré mi ruta con el Niño, si ustedes no ordenan otra cosa.

MAUR. Vaya muy enhorabuena. Lleve este puñado de castañas. (Se lo alarga.)

ANG. Y ese recado á la tía.

ENG. Muchas memorias de mi parte.

DAM. Ustedes lo pasen bien. (Toma la urna del Niño y se va después de dársela á besar á los otros.)

ENG. Yo voy á escribir á mi Pepa. He de contarle todo lo de aquí.

MAUR. ¡Buena irá la carta!

ANG. ¡Sí, buena!

ENG. (A Mauricio.) No llegará la sangre al río. Hasta después. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

ANGELITA y MAURICIO

MAUR. Buena ocurrencia has tenido aplazando el sarao para la velada.

ANG. Calle usted...

MAUR. Verás estos muchachos como nos divierten.

ANG. Aquí no habrá baile, ni diversión, ni nada.

MAUR. ¡Qué es lo que dices!

ANG. No quiero yo fiesta. ¡Si creerá usted que es cierto que estoy para músicas y cabriolas!...

MAUR. ¡Angelita! ¿No te dije?...

ANG. Sí; me dijo usted, que no había que promover escándalo; que era preciso disimular. Y esto es lo que estoy haciendo.

MAUR. ¡Por la sangre del Redentor, hija mía! Que me tienes atribulado.

ANG. ¿Y padre, dónde está? ¿Cree que no hemos de hablar, que ha de marcharse hoy, como se propone, sin oir á su hija, sin que le detenga puesta en cruz ante el umbral de nuestra casa? ¿Dónde está padre?

MAUR. Déjale; no quieras...

ANG. Búsquele, tráigale aquí ..

MAUR. No puedes tú hablarle...

ANG. Vaya usted y vuelva con él...

MAUR. ¡Ea, basta! Que no permito...

ANG. ¡Abuelo!

MAUR. Quítate eso de la cabeza. Adiós. (Va á marcharse.)

ANG ¡Abuelo!... ¡¡Abuelo!!. .

MAUR. (Deteniéndose.) ¡El geniecito! Guárdese y cúmplase; ya voy por tu padre. (Llegando á la puerta del foro.) No es necesario.

ESCENA VII

DICHOS y CLEMENTE

CLEM. ¿Me buscaba usted?

MAUR. La niña... Yo no sé... Que quiere hablarte...

CLEM. ¿Tú, Angelita?

ANG. (Arrojándose á los brazos de Clemente y ocultando la frente en el pecho de éste.) ¡Padre!...

CLEM. ¿Qué es eso, hija mía?

ANG. (Levantando la frente y separándose de su padre.) ¡Padre, ya sé el motivo por que huyó usted del Ribazo!

CLEM. (Dolorosamente sorprendido, dirigiéndose á Mauricio, más con el gesto y la mirada que con la voz.) ¿Lo sabe?

MAUR. (Por detrás de Angelita, lloroso, anonadado.) Sí.

CLEM. ¿Qué patraña te han contado?... ¿Quién se ha atrevido?...

ANG. No hay que acusar á nadie. Yo misma he salido al encuentro de la murmuración.

CLEM. ¿Y qué desacuerdo habrás cometido?

ANG. Necesitaba saber las razones del desabrimiento de usted. Ya las conozco ahora.

MAUR. (Sentado á la derecha, acurrucado en la silla llorando.) ¡Pobrecilla, pobrecilla!

CLEM. (Al otro lado, de pie.) La habrán engañado.

ANG. Quien me engañaba eran ustedes. Y no debían, no; mal hecho, muy mal hecho. Dejándome así en la ignorancia... pues, ¿qué ha sucedido? Que no he tomado parte ninguna en el infortunio; que mis alborozos dentro de esta casa han sido insultos al dolor que en ella existía; mis bendiciones, blasfemias; hasta mis rezos desabridos é ingratos, porque no ponía en mi oración toda la ternura, toda la piedad, todo el fervor con que hube de acariciar el recuerdo de mi pobre difamada, de mi muerta escarnecida. (Se deja caer en una silla.)

CLEM. Todo lo que puedan haberte dicho, ó hayas tú imaginado, es mentira.

ANG. Con esa negación obstinada me cierra usted el camino por donde yo quiero ir. ¿Qué teme usted? ¿Que yo crea la vil invención? ¿Que ponga fe en aquella culpa, uniéndome á los maldicientes, y á usted, y á mi abuelo?

MAUR. ¡Yo, no; hija mía, yo, no!

ANG. Cierto; usted no lo cree, no puede creerlo. Pero se ha rendido ante el poder de la calumnia. ¡Yo, no! Yo... carezco hasta ahora de pruebas; pero digo y sostengo que la acusaron falsamente. Yo sé que aquella criatura dulce y sencilla, no podía conocer la culpa. ¡Jamás! ¡Madre de mi alma! ¡Si yo te veo, si yo te hablo! ¡Si puestos los ojos allí, en el cielo, la distingo que viene á mí, como una aparición de la Virgen María!

MAUR. (Cogiéndole las manos y besándoselas.) ¡Bendita seas!... ¡Bendita, bendita! ¡Consuelo de mis lágrimas, socorro de mi vejez!

ANG. (Abrazándole.) ¡Sí; venga usted, viejecito mío! Venga á mi lado. Nosotros la redimiremos, le devolveremos la honra que la han quitado. No sé cómo, no sé por dónde; pero la verdad ha de estar oculta en alguna parte. En mí ha de haber puesto Dios el poder, la gracia de redimir á la madre mía. (Cle-

mente, conmovido, vuelve el rostro para ocultar su emoción; luego se sobrepone y separa á Mauricio de Angelita.)

CLEM. Da usted lugar á que piense Angelita que, en efecto, la engañamos.

ANG. Ciertamente; lo pienso así. Pero, no importa. Yo tengo mi convicción; yo llegaré á la victoria. (Sentándose á la derecha, inquieta y pensativa.) ¿Qué plan he de trazarme, Dios mío?... ¿Dónde está el esfuerzo, dónde el sacrificio?

CLEM. (A la izquierda, bajo á Mauricio.) No ha debido usted asentir.

MAUR. (Dominado.) Tú eres más fuerte.

CLEM. Sea usted fuerte también. Negar es lo pío y lo generoso.

MAUR. Te sobra la razón. Hice mal; lo enmendaré. (Clemente descuelga una escopeta de una estaca.) ¿Sales á cazar?

CLEM. Doy una vuelta por el soto. Si viene Santiago... Nos quedan algunos cabos que atar... En el soto estoy.

MAUR. Allá te lo acompañaré. (Vase Clemente por la izquierda.)

ESCENA VIII

ANGELITA y MAURICIO

ANG. Venceremos, abuelito.

MAUR. ¡Eh, aparta, simplecilla! Diste crédito á un enredo.

ANG. Pues, ¿no convenía usted ahora mismo?...

MAUR. Tú, ¿por qué me haces caso?... ¿Sé yo, por ventura, lo que me digo?... Chocheo, hija mía. Soy un vejestorio. Estoy lelo.

ESCENA IX

ANGELITA, MAURICIO y SANTIAGO por el fondo

SANT. Angelita, ¿es verdad que estás indispuesta?

ANG. ¿Quién te lo ha dicho?

SANT. Esas señoras que están paseando por la huerta.

ANG. Ya han visto ellas que era un pretexto.

MAUR. Está bien y gozosa. Y se le invita á usted al sarao de esta noche.

SANT. Con los mozos del pueblo. También me lo han noticiado. Y que tú abrirás la danza...

ANG. ¡Lo que te han dicho esas señoras!

SANT. Siendo tu pareja ese muchacho... ese criado de ustedes...

MAUR. Lorenzo. Lo han tramado los propios chicos para más risa.

ANG. Pues ni estoy enferma, ni va á haber baile.

SANT. De todo me alegro. Con la juventud del lugar, buena cara y poca franqueza. Y con ese repartidor de vuestras mieles... Puesto que ahora viene á propósito... Ya supondrás que no incurro en la tontería de pedirte celos.

ANG. Tuviera que ver.

SANT. Pero, lo mío, conmigo.

ANG. ¡Más tuya que soy!

SANT. Pues, mira; ese Lorenzo...

ANG. Vamos á ver. ¿Qué le sucede?

SANT. Sucede que ese muchachón melancólico... ¿Saben ustedes por qué lo está?... Es caso de risa... ó tal vez de lástima... En fin, que tenemos á ese belitre enamorado de mi novia.

ANG. ¡Calla, por Dios!... ¡Jesús!

MAUR. ¡Qué visiones ven ustedes los amantes!

SANT. Como lo digo, es un rival.

ANG. Jamás se ha permitido el pobre...

SANT. Peor que peor. El que no puede á voces, ama á la chita callanda, y cuando menos se piensa, en uno de esos zagalones nuestros, de pañizuelo y albarcas, revélase un Nemoroso, que se viene con su égloga y su elegía. Por algo ven la luz en este rincón de España, patria de la miel; y más, que quien junto á la orza vive, no es mucho que se le derrita la boca.

ANG. En fin, tranquilízate; no he de bailar con él.

SANT. Ni prestarle alas.

MAUR. Será conveniente, por si acaso.

ESCENA X

DICHOS, GERVASIA y después LORENZO, ambos por el fondo

GERV. Señorita, ya viene Lorenzo con los tarros para el Castillón.

SANT. ¿Qué dice ésta?

MAUR. ¡Ah! Unos tarros de nuestra rica miel, que manda Angelita á su señor padre de usted.

LOR. (Saliendo con unos tarros de miel.) Acá traigo esto. (Deja los tarros sobre la mesa.)

ANG. Anda, y llévalos tú, Gervasia.

GERV. Muy bien está. (A Lorenzo.) ¿Dónde te habías metido?... ¿No se fué con la azada á los bancales? ¡Y es fiesta de guardar y día de los dichos!

SANT. Como en esos dichos nada le dicen á él... ¿Verdad, Lorenzo?

LOR. A mí nada.

MAUR. Este ni dice, ni oye. A su obligación.

GERV. Pero no hay por qué huir.

SANT. (A Lorenzo, con zumba.) Está furiosa la Gervasia. ¿Le das penitas?

LOR. ¡Yo, qué he de darle!

MAUR. Si no son novios.

GERV. No, señor; no hablamos. ¡Lorenzo conmigo!... ¡Si usted supiera la función de pólvora que se trae en la cabeza!

SANT. ¿Cómo es eso?... ¿Piensas tal vez en alguna emperatriz?

LOR. No haga caso de ésta.

SANT. Pues para un pobre diablo como tú, ¿qué mejor proporción?

GERV. Todos se lo dicen.

SANT. No sueñes, muchacho. Para volar es preciso tener alas, y el que sin ellas quiere hacerlo, patalea y bracea, pero no sube.

LOR. Ya sé yo eso.

SANT. No sueñes.

LOR. No sueño yo, don Santiago.

SANT. Quiero decirte, que no te extravíes, que no des que reir. Voy en busca de don Clemente.

MAUR. Acompaño á usted; en el soto le está aguardando.

ANG. (A Santiago, deteniéndole.) Después que hables con mi padre, vuelve. También los dos hemos de conversar.

SANT. ¿Y no me acompañas un momento?

ANG. Necesito quedarme... Pero salgo contigo hasta la vereda. (Vanse Mauricio, Santiago y Angelita.)

ESCENA XI

LORENZO y GERVASIA

GERV. (Llegándose á Lorenzo.) El novio lo sospecha.

LOR. ¡Qué, sospechar!... Lo sabe de cierto.

GERV. Te ha cantado buen responso.

LOR. Ha querido humillarme; allá se lo goce. Yo, nada; yo, adentro todo... todo á la cueva.

GERV. ¿Qué remedio tienes?

LOR. ¡Que no soy nadie!... Pues si yo fuera alguien... Si pudiese sahumar el cortijo, conforme sahumo una colmena, para que las abejas se aturdan y caigan, cuando cato la miel... ¿á ese panal, quién se habría acercado, aunque fuera... no digo ese caballero noble del Castillón, pero ni tampoco el mismímo don Apóstol de Castilla? Mas como no puedo... Por eso me aguanto; porque no puedo.

GERV. Déjalo ya, y no te machaques. De aquí á después.

LOR. Anda con Dios. (Vase Gervasia con los tarros.)

ESCENA XII

LORENZO y ANGELITA

ANG. (Mirando afuera desde la puerta del fondo.) ¡Cómo me enoja esta gente!... ¡Que se marche ya!... ¡Que se vayan todos!... Cuando yo me aproximo, lisonjas y caricias; después que he pa-

sado, la parlería otra vez y la injuria sorda... ¡Qué cólera, Señor! (Viendo á Lorenzo, que se ha hecho atrás, hacia el hogar.) ¿No tienes tú que hacer?

LOR. Ya se vé que tengo.

ANG. ¡Y estás aquí mano sobre mano!

LOR. A mis faenas iba, sinos que... como hai visto que usted lloraba... Desde ayer la veo llorando... ¿Qué tiene usted?

ANG. Nada. ¿Qué te importa? Vete. No quiero conversación con persona humana. Aborrezco á todo el mundo.

LOR. Eso, bien hecho. Pero á mí...

ANG. ¿No oyes que á todos?... Todos sois difamadores; los parientes, los amigos, los criados. ¡Vé á murmurar, vé á escarnecer! Allá, al corro de las mujeres, ó al de la servidumbre.

LOR. Yo no he murmurado.

ANG. Como los demás.

LOR. ¡A ver cuándo!... ¡A ver dónde!... ¡Si yo!... ¡Vaya!...

ANG. ¡Déjame!

LOR. ¡Yo qué he de murmurar, sabiendo que todo es falso!

ANG. (Vivamente, acercándose á él.) ¡Todo!... ¿Verdad que todo es falso?

LOR. Como la palabra de Judas.

ANG. Y, ¿por qué, Lorenzo?

LOR. (Después de vacilar.) Yo digo que es falso.

ANG. ¡Ah, buen Lorenzo! Tú eres leal, tú agradeces el pan que has comido en casa, tú no olvidas que aquí naciste. ¡Habla, y que Dios te lo premie!

LOR. (Turbado.) Yo digo que es falso.

ANG. ¡Sí, sí; lo es! Pero tú tienes noticia... Tú te fundas... ¡Confíate á mí, Lorenzo!

LOR. (Violento.) Señorita... no puedo hablar.

ANG. ¡Pues ello es forzoso! Escucha, ven... Nadie sabrá que me he enterado por tí. ¿Es esto lo que te inquieta? No te receles. Dí; que has encendido una hoguera en mi alma. ¡Dí lo que sabes, dí! (Lorenzo calla puestos los ojos en el suelo, inquieto y rudo.) ¿Te empeñas en que no has de hablar?

LOR. No puedo.

ANG. ¿Qué es lo que te cierra la boca?

LOR. Tengo en ella una mordaza.

ANG. ¡Arráncala! ¿No consideras lo que te pido? ¿Has pensado el bien que voy á recibir de tí?... ¡La honra de mi madre, la revelación de su inocencia! ¡Por deber, ó por gracia, ó por limosna, tiende tu mano, Lorenzo, y hazme ese bien! (Lorenzo calla.) ¿Te obstinas aún? Vienes obligado á despojarte del misterio. ¡Obligado, ya lo creo! Tú acabas de decirme: ¡Eso es falso!

LOR. Como que es falso.

ANG. Así lo afirmaste. Y, ¡qué malo serías si ocultases el fundamento de lo que afirmas! Mejor te estuviera no decirme nada. ¿Por qué me lo has dicho, desalmado, por qué me lo has dicho?

LOR. (En un arranque.) Usted, ¿por qué me mandaba al corro á murmurar?... Allá, con los otros... Y yo no soy como los otros.

ANG. ¡Peor, eres mil veces peor! Aquí hay una superchería, una apariencia... ¡No se qué, Dios mío!... Algo que alucina é infama. Tú solamente conoces la verdad y no la muestras... ¡Tú eres el traidor, el enemigo!

LOR. ¿Qué falta hace? Si fuera para la dicha de usted... Pero, ¿no se casa sin tropiezos con quien ha querido?

ANG. ¿Tienes impuesto el silencio?

LOR. Ya ve usted. Juré no hablar y no hablo.

ANG. ¿Y á quién?... ¿Quién vale tanto contra mí, que soy tu amiga de la infancia?

LOR. ¡Contra usted no vale nadie! ¡Si yo pudiera!... Mas, ¡cuántas cosas no haría un hombre, si no fuera por eso.. porque no puede!

ANG. ¡Oh, Dios mío!... ¡Y no cederá! Lo estoy viendo. ¿Cómo he de reducir con mis pobres manos esa dureza que es la de un roble?... ¿Qué quieres, Lorenzo? ¿Cuál es el camino de tu corazón? ¡Dímelo! ¿Con qué blanduras se te doma? ¿Qué te ofreceré? Soy rica...

LOR. (Haciéndose un paso atrás.) ¿Y á mí, qué?...

ANG. ¡No, no .. perdona! Yo te diera todo este pa-

trimonio que es mi dote. ¡Daría la vida, cuanto más la fortuna!... Pero, no... escucha, ven; no te agravies, no te ofrezco dinero. Ya ves que no me propongo comprarte. Mas, ¿cómo vencerte entonces?

LOR. Hay que dejar eso. (Dando un paso hacia el fondo.) Dejarlo...

ANG. ¡Oh, cielo santo!... ¡Madre mía! (Resuelta, inspirada.) ¡Ah! ¡Oye! ¿Es verdad... Me lo han dicho... ¿Es cierto que tú piensas en mí?

LOR. (Turbado.) Yo... señorita... (Rudamente.) También eso hay que dejarlo. (Otro movimiento para salir.)

ANG. ¡No... no huyas! ¡Contéstame! A esta pregunta bien puedes contestarme.

LOR. Ese es asunto mío.

ANG. Te engañas. Ahora es de todos. Mío y de los míos, y de mi madre muerta, y de la tierra y del cielo... ¡Respóndeme! ¿Es cierto que me quieres? ¿Estoy yo en tu alma?

LOR. Aunque esté usted... ¡que sí, está!... ¿Monta eso algo para nadie?

ANG. ¡Era verdad!

LOR. Yo me lo sufro, á ninguno falto. ¡Sí, señora! ¡Ya lo he soltado! ¿Fué cosa rara, ni delito, ni irreverencia echar de ver que era usted buena y que era usted hermosa?... Eso allá lejos, cuando aún no había cuajado aquí dentro el juicio. Usted entró antes que él, y lo que estuvo, ya estuvo... ¡que si llego á tiempo!... Harto conocí después que esa había sido una gran majadería.

ANG. ¿Y es verdadero amor lo que me tienes?

LOR. Dicen, que es eso. Pero cuando se piensa en una mujer y no se la alcanza, y se la pierde... yo no sé si esta agrazón que aquí se trae es voluntad ó es encono. En fin, gran castigo es, llámenle como quieran. Pero si es castigo, y no tiene indulto... ¿qué remedio? Sufrir el azote y tragar veneno.

ANG. ¿Nada ambicionas?...

LOR. Es claro.

ANG. (Pensativa.) Pero sufres... Estás celoso. Y cuando se tienen celos... Si yo los tuviera... Si

otra mujer fuese la amada de mi Santiago, ¿qué habría de hacer ella si quisiera reducirme, sobornarme... tenerme sometida á su antojo? (Herida de la idea.) ¡Ah!... ¡bien lo sé yo!... (Vacilando.) ¡Pero es que así, Dios mío!... (Con entereza.) Pues solo así. ¿Me falta el tesón? No puede faltarme. ¿Renuncio á mi empresa? No, no renuncio. (Yendo á Lorenzo.) Obtener de tí esa revelación que me niegas, es mi deber primero, el ansia mía más poderosa. Mi riqueza no te seduce; voy á ofrecerte mi felicidad. Escucha. Aunque me ames, pobre Lorenzo... tú lo reconoces... yo no te he amado. Yo tuya.. eso no puede ser.

LOR. Bien se me alcanza.

ANG. ¿Te atormenta que vaya á ser de otro?

LOR. Ya ve usted...

ANG. Oyeme, pues. ¿Y si yo te prometiese que no habías de verme poseída por nadie?

LOR. (Vivamente.) ¿Ni por el del Castillón?

ANG. (Con esfuerzo doloroso.) Ni por él. (Pausa breve. Lorenzo dirige su mirada á la puerta, luego á la ventana, como buscando á Santiago.)

LOR. (A Angelita.) Eso... eso no lo prometerá usted.

ANG. Y lo cumpliré si te lo prometo.

LOR. ¿A truco de que yo hable?

ANG. Sí.

LOR. ¿Y cómo podría ser eso?... ¡Si están usted y él tan rendidos, y tan adelante los tratos, y el señor cura ya empieza el domingo á echar las publicatas!... ¡Todo ese apaño, volverse atrás, solamente por mí!...

ANG. ¡Si no es por tí, desdichado! Es por mi madre.

LOR. Sobre que eso... después que yo hubiera hablado, al día siguiente se deshace.

ANG. ¿Desconfías?... Tienes razón. He de darte seguridad...

LOR. Se hace imposible, porque... cómo había de ser duradera..

ANG. Seguridades... las habrá... ¿cuál te satisface? Yo te la doy; dí la que quieras.

LOR. ¡Ea, que habrá que dejarlo!

ANG. No. Hay clausuras, hay votos... Entraré en

un claustro. ¿Es para tí seguridad? Me encerraré en un convento. ¿Estarás pagado?

LOR. Señorita... que eso ciega... que ese ya es mucho poder... y para un pobre diablo como yo, según me llamaba ahora mismo el del Castillón... Eso ya no es soñar, ni es dar que reir.

ANG. Pues yo te lo otorgo. ¿Estarás pagado?

LOR. (Lentamente.) ¡Sí, señora! Si de esa maña... ¡Aunque se pierda mi conciencia! .. ¡De esa maña, sí! Yo se lo digo á usted todo.

ANG. ¿Y me probarás que es cierto?

LOR. Como que iremos á donde por sí misma adquiera la prueba.

ANG. ¿A dónde?

LOR. Usted ha de verlo.

ANG. Vamos, pues. Guíame; ahora mismo.

LOR. (Sin moverse.) Pero, ¿me ha prometido usted ya...?

ANG. (Con dolor, vacilando.) ¿Quieres mi promesa?

LOR. En teniéndola, de usted me fío.

ANG. Pues bien... (Se detiene pesarosa.) ¡Ay, mi Santiago!... Espera; quiero ver antes á mi prometido. Necesito verle. Bien comprendes que es justo.

LOR. ¿Le llamo?

ANG. (Mirando por la ventana.) No; viene aquí. Déjame con él. Sal por esa puerta. (Señalándole la izquierda.)

LOR. ¿Pactado está?

ANG. Aún no está pactado. Aguarda. Después que hable á Santiago. Vete; yo te llamaré.

LOR. Estoy alerta. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIII

ANGELITA y SANTIAGO

ANG. (Cogiendo ambas manos de Santiago.) Ven, Santiago, y oye lo que va á decirte esta criatura que te adora.

SANT. ¿Tienes algún disgusto, Angelita? ¿Qué sucede?

ANG. Lo que sucede aquí ya debes tú saberlo. Yo

no he conocido hasta ayer lo que tan cerca de mí ocurría; y desde que lo sé, lloran mis ojos y tengo la razón perdida.

SANT. ¡Hicieron al fin su obra las buenas gentes!

ANG. ¡Tú no lo creas, Santiago! ¡Tú no!...

SANT. Yo no lo creo.

ANG. Ayúdame, pues.

SANT. Con todo mi aliento.

ANG. Hemos de traer la luz del sol á que disipe esta noche negra.

SANT. Es nuestro deber.

ANG. ¡Y hay que cumplirlo! Porque... (Con tristeza.) Santiago... amado mío... lo que hemos de alcanzar es la prueba positiva de que mi madre no delinquió.

SANT. ¿Dónde está esa prueba? Yo voy en su busca al centro de la tierra.

ANG. Está aquí; la posee Lorenzo.

SANT. ¡Lorenzo! Pues que declare.

ANG. Espera. Lorenzo ha crecido en el Ribazo. ¿Qué habrá visto? No lo sé; pero él conoce la historia del engaño ó de la traición. A ese mozo he oído lo que á nadie más de cuantos me rodean. La afirmación rotunda de que es fábula todo lo que se dice.

SANT. ¡Pues ¿cómo lo calla ese insensato?

ANG. Ay, Santiago! El hablará. Mas ¿sabes á qué precio he de poseer su secreto? Es verdad que Lorenzo me ama. Exige que no sea tuya.

SANT. Nuestra perdición es lo que exige.

ANG. Y hay que otorgársela.

SANT. ¡Que se la otorguemos!... ¿Tiene ya tu promesa?

ANG. Nada he prometido antes de conocer tu voluntad.

SANT. Pues bien; no, no prometas. Ese pacto es imposible. ¡No, Angelita mía, no prometas! Además, ese canalla puede engañarte.

ANG. Si me engañase ¿qué ventaja conseguía? Mi ofrecimiento fuera nulo.

SANT. Aunque diga verdad... Atiéndeme. Nuestra abnegación sería estéril. Lo que anhelas es emplear la revelación para desmentir á las

gentes. Pues bien; óyeme. Ese objeto no lo conseguirás; no se consigue en el mundo. La difamación atiende al relato del mal porque con él se regocija; ante la prueba del bien, es incrédula, es rebelde.

ANG. ¡Tan malo es el mundo, Dios mío!...

SANT. ¿Para qué, pues, sentenciarnos? Nosotros aquí en la intimidad de nuestro hogar, desagraviaremos la memoria de tu madre. Crearemos un culto para ella, y su recuerdo será mantenido como en un templo, sobre el altar. La opinión mundana nos es indiferente.

ANG. Pero ¿y mi padre? El no. Allá los extraños; mas yo quiero que mi padre vaya á rezar á la sepultura que hoy no visita.

SANT. Eso es justo, eso es necesario, tienes razón.

ANG. Mira, por consiguiente, cómo es necesario y justo el sacrificio.

SANT. No me resigno á él. Lorenzo debe hablar por ley de su conciencia.

ANG. No lo creas; nada dirá.

SANT. Le obligaré por la fuerza.

ANG. Respétale. Es mi única esperanza.

SANT. ¡Tu esperanza y tu valedor soy yo! ¿Dónde aguarda ese bellaco?... Llámale. ¡Lorenzo! (Lorenzo aparece instantáneamente en la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS y LORENZO

SANT. Si no eres loco ó no estás ebrio, date cuenta de la demasía á que te arrojas. Tu pretensión es insolente. ¿Sabes lo que pediste?

LOR. (Sin mirar á Santiago, dirigiéndose á Angelita.) Nada he pedido.

ANG. Mía fué la oferta.

LOR. De usted fué.

SANT. Mas tú la aceptas. Ahí está el desmán.

ANG. Ten calma, por Dios, Santiago.

SANT. ¿Quieres cobrar merced por el bien que dis-

penses? Te la pagaremos, mas no exijas imposibles. Si te vendes, ponte un precio que pueda pagarse.

LOR. (Siempre dirigiéndose á Angelita.) Usted ha sido la que lo ha puesto.

SANT. (Cogiéndole de un brazo.) ¡A mí! Vuélvete. ¡Háblame á mí! ¡Muéstrame el rostro!

ANG. ¡Santiago!

SANT. No le defiendas. (Lorenzo se deshace de Santiago, mirándole sin decir palabra.) ¡Si he de arrancarle el secreto y el alma!

LOR. El alma, pudiera ser; el secreto... ¡ese no!... está más adentro.

ANG. No le someterás. Es indomable.

SANT. He de ver si lo es. (En ademán de acometer á Lorenzo; éste espera impasible.)

ANG. (Deteniendo á Santiago.) ¿Vas á trabarte con él?

SANT. ¡No le ampares, por favor!

ANG. Es mi única esperanza.

SANT. ¡Yo soy, he dicho, tu esperanza! ¿Qué remedio te vendrá de su mano, que no pueda dártelo la mía? (A Lorenzo.) ¡Vete! (A Angelita.) Despídele. Yo soy capaz de todo; yo me basto. Tu padre convencido; ¿esto te satisface?

ANG. Esa es mi ambición.

SANT. Yo la colmaré. (A Lorenzo.) Márchate; para nada ha menester la señorita de tu generosidad. (A Angelita.) Yo haré la luz en las tinieblas.

ANG. ¡Cómo has de poder!

SANT. Mejor que este rústico. ¿Qué hay aquí? Una falsedad que ha tomado medros; la bola de nieve que rodó sin un obstáculo que la desmenuzase. Fía en mí. ¡Si eso será fácil! Yo lo haré todo; persuadiré á don Clemente. (Por Lorenzo.) Este, que se vaya... Despídele... ¡Vete! Díselo.

ANG. (A Lorenzo.) Sí; retírate. (Lorenzo va á salir.)

SANT. Y... escucha. (Lorenzo se detiene.) Todavía no soy aquí el amo; lo seré en breve. Así que eso ocurra, ¿sabes cuál será mi primera providencia?

LOR. Puedo irme ya desde ahora.

SANT. En eso harás bien. Márchate hoy, porque te echaría mañana. (Lorenzo va á salir.)
ANG. (Parándole.) Entra á despedirte.
SANT. ¡No! No vuelvas por acá
LOR. Lo que ella manda. (Vase por el fondo izquierda.)

ESCENA XV

ANGELITA y SANTIACO

ANG. Los dos solos nada podremos.
SANT. Tu misión es augusta, y porque la realizaras me sentiría capaz... te lo afirmo... de estrujar mi corazón y ponerte en las manos de otro hombre. Pero no es preciso... Yo quiero ser el autor de tu contento; yo he de ser quien te corone.
ANG. ¿Qué es lo que meditas?
SANT. Ante todo, hablar á tu padre; persuadirle de que se hace á sí mismo, y nos hace á todos, víctimas de una tenacidad injustificada.
ANG. ¿Y no he de oirlo?
SANT. Tú impedirías la claridad y la crudeza.
ANG. (¡Oh! Yo lo he de oir.) Adiós, pues.
SANT. Hasta muy pronto. (Vase Angelita por el fondo derecha.)
SANT. ¿Qué es lo que hay aquí?... Una suposición, un amaño. Para desvanecerlo, confío en el buen discurso de don Clemente.
ANG. (Desde fuera, junto á la ventana.) ¡Santiago!
SANT. (Abriendo la ventana.) ¡Ahí estabas!...
ANG. Viene mi padre. Habla con él.
SANT. Aléjate.
ANG. Déjame á mí. Ahí le tienes. (Quítase de la ventana.

ESCENA XVI

SANTIAGO, CLEMENTE y MAURICIO, por el fondo derecha. A su tiempo ANGELITA

CLEM. (Dejando la escopeta.) ¿Se hablan ustedes por la ventana con Angelita?
MAUR. Eso es pelar la pava á la inversa: el novio dentro y la novia en la calle.

SANT. Deje usted á un lado sus chanzas, pobre don Mauricio.

MAUR. (Atemorizado.) ¿Por qué?...

SANT. Don Clemente, es necesario que hablemos.

CLEM. ¿No acabamos de hablar en el soto?

SANT. Sí; de la dote, de dominios y cosechas. Trátase ahora de materia más honda.

MAUR. ¡Válgame el Señor!

CLEM. He demorado mi marcha bajo condición de que no se me enojaría.

MAUR. (Suplicante, atribulado.) ¡Déjelo usted, Santiago ¡Por caridad!

SANT. (A Clemente.) Tiene usted que oirme.

MAUR. (Separándose.) ¡Virgen santa de la Cueva!

SANT. Y usted también, don Mauricio. Lléguese acá.

MAUR. (Huyendo hacia el hogar.) ¡Yo, no! ¡Yo, no!... Nada tengo que oir. Yo, á mi rincón, á mi rincón. (Siéntase junto al hogar, tapándose el rostro y los oidos con las manos.)

CLEM. Y yo me niego á escuchar y á responder una sola palabra.

SANT. No puede usted negarse, porque va en ello la felicidad de su hija.

CLEM. ¿No he venido á dársela? ¿No le entrego mi fortuna, y la caso con usted, su enamorado?

SANT. Pues todo lo arroja ella por ese recuesto abajo y deja que lo lleve el río, si usted no honra y venera la memoria de su madre.

CLEM. Que desista de tal sacrificio; sería ocioso. (Va á marcharse.)

SANT. (Deteniéndole.) Me pertenece ya el derecho de pugnar por la rehabilitación de aquella víctima, en cuya inocencia creo firmemente. Defiendo la fe de Angelita y la mía.

CLEM. Ambos son ustedes jóvenes; son generosos. Asimismo era yo crédulo al bien; era creyente.

SANT. Y luego fué usted un iluso. Me son conocidos, como lo son de toda la comarca, los sucesos que aquí ocurrieron hace siete años; y me pregunto cómo fué posible que un turbión de apariencias engañosas y ambiguas ofuscase el entendimiento de usted, induciéndole á ser tan cruel y tan injusto.

CLEM. (Resolviéndose después de una breve lucha.) No soy yo hombre á quien jamás hayan gobernado la alucinación y la vehemencia. Y... sin embargo, vea usted, ya está dando al traste con toda mi calma, y aquí concluye la reserva que me había propuesto observar. Cruel é injusto, no lo he sido. Va usted á ser muy pronto el jefe de este hogar por mí abandonado, y me importa muy altamente la cuestión que suscita, para que no me revele contra esos dictados. Los siete años que he pasado solo y errante, los he vivido de la única satisfacción de haber hecho justicia.

SANT. Me place que así se declare usted.

CLEM. ¡Sí, me declaro! Ante mi hija sostúveme impenetrable porque el silencio con ella me pareció caridad y nobleza. Ahora que usted se le une, ya me estrecha y me agobia esa porfía, y se perturba mi ánimo, y siento que se me enciende en impaciencias irresistibles.

SANT. Las mismas que sentimos nosotros.

CLEM. (Volviéndose hacia el hogar.) Acérquese, don Mauricio.

MAUR. (Desde su sitio.) ¡No tendréis lastima de mí!

SANT. (Llegándose al hogar.) Le llama don Clemente.

MAUR. (Acercándose.) ¿Qué me quieres?

CLEM. A este hombre honrado expliqué yo las razones de mi conducta extrema. Hable él y diga por su fe si en mis actos ha habido injusticia.

MAUR. (Lleno de tribulación y pena.) ¡Yo no sé, pobre de mí!... ¡Si yo no sé!... Me hablaste tú, y con tal demostración lo hiciste que se me partió el alma y me llené de vergüenza; ¡pero, no te creí, no! Busqué medios de disuadirte y no pude hallarlos; yo no tenía otra prueba sino la voz de mi hija; aquella desgraciada, que hasta el instante de su agonía estuvo repitiéndome que era inocente; y me preguntaba sin cesar cómo pudo formarse á tus ojos una fábula que la acusara. ¿Qué fué, entonces, aquéllo?... ¡No lo sé yo!.... ¡Si se hubiera dicho que lo que su-

cedió aquí fué un caso de encantamiento, una hechicería!... He llorado siete años, hundido en esta impotencia... Y lloraré hasta la última hora de mi vida. Dejadme llorar. ¡Qué queréis que haga!... La cabeza ya no me vale; soy un viejo bobo. Yo allí, allí, á esconderme. No me traigais por testigo de nada. ¡Dejadme en paz! (Vuélvese al hogar.)

CLEM. (Dejando que se aparte Mauricio y acercándose á Santiago, después de una breve pausa.) Usted no ignora que cierta noche, hace siete años, sonó dentro de mi casa un tiro.

SANT. No lo ignoro.

CLEM. Aquel tiro, yo lo disparé.

SANT. Enhorabuena. ¿Y supo usted si mataba á un ladrón?

CLEM. ¡Ay, pluguiera á Dios! Si aquel hombre que allanaba mi techo honrado y dichoso, no hubiese sido más que un ladrón, yo le habría ofrecido la llave de mis arcas y hubiérale dejado libre la puerta, encubriéndole para que saliera con mi oro robado. Le habría despedido besando su mano como la de un bienhechor.

SANT. ¿Habló él con usted?

CLEM. Le hice fuego en cuanto le distinguí. Pudo correr, y allá, sobre la broza del bosque, fué á dar con su vida agonizante. No hablé con él, ni hubiera podido, pues el miserable expiró á la mañana siguiente, sin haber recobrado el sentido, en el camastro del guardabosque que le recogió.

SANT. Siendo así, ¿en que se fundó su seguridad de que no fuese un ladrón?

CLEM. No lo era, porque aquel hombre no entraba aquella noche por primera vez en mi casa. Otras veces había entrado, siempre valido de mis ausencias, y en las riquezas mías jamás puso mano. De otra parte, aquel hombre era un aventurero de mala especie, hijo del país, vuelto á él tras de mil locas vicisitudes, buscador de dotes, que no atrapaba por razón de su ínfima estofa, aunque enloquecía á las muchachas; ratero de honras, y de

esas algunas llegó á atropellar según se corría y él se jactaba. Ese era el hombre que escalaba de noche las bardas de mi quintería.

SANT. ¡Pues bien! Ni aun siendo así, discurrió usted con juicio prudente y recto. Tendré pecho para decírselo claramente, por más que me aventure al agravio.

CLEM. ¿Qué va usted á decir?

SANT. Oiga usted lo que digo. Que en el Ribazo se amparaban por entonces otro recato y otra honra, además de los de su esposa de usted. Aun dado, pues, que un amante fuera el hombre que aquí penetraba, bien podían ser, las que le atrajesen, otras liviandades y otras culpas.

CLEM. (Sin alterarse.) Eso mismo que usted piensa ahora, pensé yo en aquella ocasión. Y pensábalo sin fundamento alguno; por pura sutileza de mi espíritu, que retrocedía ante el desengaño inminente. Sin razón, digo, en qué fundarme; pues mi hermana, públicamente pretendida por aquél rufián, en público, delante del lugar entero, le había castigado con ignominiosos desprecios. Ella, por otra parte, era libre; yo no limitaba su voluntad; cualquiera que fuese el hombre que la agradase, podía ser suya lícitamente, sin secreto, sin vergüenzas y sin peligro. ¡No es verdad eso?

SANT. (Empezando á persuadirse) Sí, es verdad.

CLEM. Pues bien; aunque así se me alcanzaba en mis horas de meditación, gozábame en acariciar la misma sospecha que usted ha revelado. ¡La propia felicidad es alevosa, y procura conservarse aun á costa del bien ajeno! Tuve sin embargo, fortaleza para provocar el fin de aquellas perplejidades.

SANT. (Ansioso y afectado.) ¿Qué hizo usted?

CLEM. Fuíme derecho al hallazgo de la certeza. Saqué á mi hermana de esta casa, y la dejé en ese pueblo vecino, Archilla, en la de unos parientes. Acompañándola, fueron las dos criadas; quedéme solo con mis yunteros.

Rodeé la despedida de publicidad y alarde, con lo cual no hubo nadie en el término, desde el enemigo rondador hasta la última comadre, á quien se ocultase que en el cortijo no se hallaba más que una mujer, la mía. Ocho días después fingí una ausencia. El galán acudió. Acudió la primera noche. Mi ignominia estaba averiguada. ¡Oh! la pagó con la vida. ¡Le abrasé!

SANT. ¡Buena justicia!

CLEM. Ya voy pareciéndole á usted justo. Después de aquel lance callé. Don Mauricio fué el único á quien hice explicación de mi agravio. A la ingrata, desleal, no le impuse otro castigo sino el de mi apartamiento. Sin un adiós, sin anunciar siquiera el propósito, al día siguiente me marché de aquí. No tomé otra venganza; no hubo más expiación. Reconozca usted ahora que no fuí cruel ni injusto.

SANT. (Bajando la frente.) No lo fué usted.

CLEM. (Tendiéndole la mano.) ¿Lo siente usted así?

SANT. (Estrechándosela.) Así lo siento. (En este momento aparece Angelita al otro lado de la ventana y contempla con asombro y dolor á Clemente y Santiago estrechándose la mano. Sigue luego atendiendo al diálogo.)

CLEM. Que lo sepa Angelita.

SANT. Angelita no puede saberlo. Para ella la virtud de su madre es dogma, y no se dejará persuadir ni por la misma evidencia.

CLEM. Sin embargo, ya es hora...

SANT. Hora es, don Clemente, de que acuda usted á salvar la dicha de esa noble criatura.

CLEM. ¡Yo! ¿Cómo he de hacerlo?

SANT. Decídase á una piadosa ficción. Diga usted á Angelita que cree en la inocencia de su madre.

CLEM. ¡Mentir! Eso, jamás.

ANG. (Desde la ventana.) ¡No, padre! ¡No, Santiago!... ¡Mentir, no! Eso, yo no lo quiero... ¡no lo quiero! Aguardad. (Se quita de la ventana.)

MAUR. (Que se ha levantado) ¡Lo habrá oído todo!

SANT. ¿Qué vamos á decirla?

CLEM. La verdad. Desde este instante, la ficción es

ya imposible. (Angelita aparece en la puerta del fondo, con ademán severo Santiago la recibe con la frente baja; Clemente, silencioso, más entero; Mauricio, atribulado, llorando.)

ANG. Mentir, no. ¿Os propondríais engañarla á ella, que lo ve todo desde la otra vida? (Después de recorrer la escena con la mirada, dirígese á Santiago, la voz temblorosa y sorda, pero en tono resuelto) Bien ves que el sacrificio es necesario. Lo voy á aceptar.

SANT. Sí, acéptalo.

ANG. ¡Ha caído tu fe!

SANT. ¡La he defendido!

ANG. ¡Todos me abandonáis! No importa; id; dejadme. Yo sola emprenderé el camino.

SANT. Oyenos, Angelita...

ANG. ¡Ni razones, ni consuelos!... Nada me sirve.

CLEM. Fuerza te es considerar...

ANG. Déjeme usted también, padre.

CLEM. ¡Sí! Yo sí, te dejo. Aplacé mi partida, y he hecho muy mal. Harto me pesa. Salvad la felicidad que aquí todavía os quede. Yo os libro del espectáculo de mis rencores.

ANG. Usted no puede marcharse.

CLEM. Nada me detiene ya.

ANG. ¡Padre mío!

CLEM. No me vereis; olvidadme, aborrecedme. Adiós. Ojalá no hubiera venido. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos CLEMENTE

SANT. Luchas contra la fatalidad.

ANG. Déjame que luche.

SANT. ¿He de dejarte sola?

ANG. Mi abuelito me acompaña.

MAUR. (Corriendo á ella.) ¡Sí, yo contigo!... ¡Déjame. contigo! Tú das aliento y esperanza.

ANG. Busque á Lorenzo; tráigalo aquí.

MAUR. Voy á llamarle. (Vase por el fondo.)

ANG. (A Santiago.) Y tú...

SANT. ¿Qué quieres de mí?
ANG. Me has prometido ayudarme. Todavía puedes hacerlo.
SANT. ¿Qué dispones?
ANG. Sigue á mi padre. Impide su partida, oponte á ella, y si no lo consigues, marcha con él, no pierdas su rastro; que por tí sepa yo dónde he de hallarle.
SANT. Así lo cumpliré. (Va á salir y se detiene al ver á Lorenzo.)

ESCENA XVIII

SANTIAGO, ANGELITA; MAURICIO y LORENZO por el fondo

MAUR. (Entrando.) Ya le traigo.
SANT. (A Angelita, mirando á Lorenzo que se ha quedado en el umbral.) Ahí está Lorenzo.
ANG. (Cogiendo la mano de Santiago.) Si este hombre cumple su oferta, yo no he de vacilar: le le inmolaré mi dicha.
SANT. Como él haga tal milagro... ¡vé! ¡y sacrífícale también la mía!
ANG. Sigue á mi padre.
SANT. No le abandono. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIX

ANGELITA, MAURICIO y LORENZO

ANG. (Volviéndose con resolución.) Lorenzo. (Este avanza, y ella le dice, llevándole aparte de Mauricio.) Nuestro pacto está cerrado.
LOR. Me tiene usted pronto.
ANG. ¿Dónde se halla esa prueba, esa revelación?
LOR. No está lejos.
ANG. ¿Dónde?
LOR. Allá abajo. En Brihuega; en el convento; la abadesa...
ANG. (Llevándole más allá; espantada.) ¡Ella!...
LOR. Pues ella.
ANG. (Amedrentada.) ¡Oh, misericordia!... ¡Allí esta

el misterio, allí la culpa!... ¡Tras de aquellas rejas!... (Recobrándose.) ¡Allá voy!... No retrocedo... ¡No, madre mía! Iré valerosa; tengo corazón. (A Lorenzo.) Vas á conducirme en seguida; sin pensarlo un instante más. Dispón bagaje para el abuelo; déjalo en la senda cubierta. Iremos por el torrente. ¡Mucho sigilo! Que nadie observe nuestra salida. (Lorenzo se va por el fondo. Angelita se vuelve á Mauricio.) ¡Deprisa!... Vamos á marchar.

MAUR ¿Marchar á esta hora?

ANG. Sí; usted me acompaña. ¡Deprisa! Tome un abrigo.

MAUR. ¿Y tú?

ANG. De mí no cuide. No tenemos tiempo. En marcha; al instante.

MAUR. ¿A dónde, hija mía, á dónde!

ANG. ¡A mi conquista, abuelo! ¡A mi santa empresa! (Dirigiéndose hacia la puerta.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Locutorio de un convento.—Estancia reducida, de paredes blanqueadas, con friso de madera.—En la pared del fondo, á un metro próximamente del suelo y algo ladeada hacia la izquierda, la reja, cuadrilonga, más ancha que alta, de negros hierros que se cruzan formando estrechos cuadrillos, por entre los cuales se ve el interior del locutorio, suficientemente iluminado. Detrás de la reja, una cortina corrediza.—Delante de la reja, una mesa y dos sillones de vaqueta.—Detrás, y muy cerca también de ella, dos sillones como los de la parte de afuera.—A la derecha del fondo, la puerta reglar, espaciosa y cerrada por dos hojas macizas, claveteadas, con cerradura grande y fuerte. Estas hojas, al abrirse hacia adentro, descubren un pasadizo largo, débilmente iluminado, cuyo ángulo lejano tuerce á la derecha, figurando conduducir al interior del convento.—En primer término del lado derecho, la puerta de ingreso en el locutorio, la cual comunica con la portería y el vestíbulo.—Al lado izquierdo, en segundo término, un tragaluz con reja y postigo.—Del techo pende un farol, cuya candileja está encendida.—Cuadros viejos, de santos, en las paredes.—Sillas de vaqueta convenientemente distribuídas.—Debajo de la mesa un brasero de caja claveteada.—A la izquierda de la reja, el torno.

ESCENA PRIMERA

ANGELITA y MAURICIO. Por la reja llegan los sonidos muy lejanos y confusos del rezo de las monjas. Después de breve pausa, salen por la izquierda Angelita y Mauricio, apoyándose éste en aquélla.

ANG. Ya hemos llegado. ¿Lo ve usted? Ahora puede descansar. (Le hace sentar en el sillón de junto á la mesa.)

MAUR. Fatigadito vengo. ¡Ya no valgo para nada!

ANG. ¡Se ha empeñado usted en que yo fuese en el arre!

MAUR. Era mucha jornada para tí, dijecito mío. Con la impaciencia que tú traías, nos hemos metido por las trochas más difíciles. ¡Y á qué paso! Te habrías deshecho los pies. Yo en seguida me habré repuesto.

ANG. (Aplicando el oído junto á la reja.) Las monjas están en el coro.

MAUR. ¿No te lo venía diciendo? La novena de Animas. Era inútil apresurarnos para llegar á esta hora. En fin, tendremos paciencia. Dime, ya que se queda Lorenzo allá fuera, ¿por qué venimos al convento? ¿Qué te propones, hija? Explícame este viaje.

ANG. No me pregunte... Déjeme. Yo sé á lo que vengo.

MAUR. Bien es que me entere yo.

ANG. (Impaciente.) Luego lo sabrá usted todo.

MAUR. ¡El geniecito!... Como tú quieras. (Levantándose con trabajo.) Pues me he cansado de verdad.

ESCENA II

DICHOS Y LORENZO

LOR. La señora no puede en este momento venir al locutorio. Está en la novena. Quedó la portera en llamarla así que se concluyan los rezos.

MAUR. Veremos si acude, porque no siendo ésta hora ordinaria...

ANG. Nada importa. Ella bajará.

MAUR. ¿Se ha consumido el brasero? Naturalmente; á estas horas... Bien se agradecería un poco de rescoldo.

ANG. (Hurgando solícitamente con la badila en el brasero.) Ni chispa.

MAUR. Sea por Dios.

ANG. ¿Tiene usted frío?

MAUR. Estaba la noche de invierno. (Se deja caer en el sillón, envolviéndose en la anguarina.)

ANG. (Cogiéndole las manos.) ¡Heladito llega!... ¡Si está tiritando! ¿Se siente usted mal?

MAUR. No, mal no; pero medianejo, medianejo.

ANG. ¡Pobre abuelo mío!... ¡Claro! Con tanta emoción desde ayer...

MAUR. ¡Me hacéis llorar!... ¡Resucitáis todas mis penas!

LOR. La portera tenía allí una lumbre muy rica.

ANG. Eso es. ¡Qué buena idea le ocurre á Lorenzo! Váyase á la portería, y allí, al calorcito, se rehace usted, y echa su sueño tan hermoso. Vamos.

MAUR. Mira; ello será fuerza, si he de cobrar ánimo para volvernos.

ANG. Para volvernos; ahí está.

MAUR. Pues voy á la portería.

ANG. No necesito ahora de usted; le avisaré cuando me haga falta. (Arropándole y conduciéndole hasta la puerta.)

MAUR. Luego seré otro hombre.

ANG. Ciertamente.

MAUR. A la portera le voy á dejar todos mis alifafes. (Vase acompañado de Angelita, la cual vuelve á entrar después de un momento.)

ESCENA III

LORENZO Y ANGELITA

ANG. (Moderando la voz.) Aquí he venido fiándome de tu palabra. Concluye tus explicaciones. En el camino, mi abuelo nos oía; nada te he preguntado. Ahora estamos solos. Habla.

LOR. Sí, señorita.

ANG. (Sentándose á la izquierda.) ¿Tú estás seguro de lo que me has dicho?

LOR. (De pie junto á ella, conteniendo asimismo la voz.) Como de que hai de morirme.

ANG. Y esa certeza, ¿cómo la alcanzaste?

LOR. Por lo que vide con mis ojos.

ANG. ¿Qué vieron?

LOR. Lo que vieron... Aunque lo guardé muy clavao, nunca hice de ello cuenta, hasta que más tarde sonó lo que oyeron mis oídos.

ANG. Dí, aprisa; no te entretengas.

LOR. Porque lo que yo vide cuando chicuelo, fué que en mi casa... la del montaraz, que era mi padre, allá, en el bosque contiguo á la granja... Allí vivíamos.

ANG. ¡Sí, sí!... adelante.

LOR. Pues miraron éstos, que una noche, allí en la caseta, había un hombre moribundo. Cuando el disparo que le acababa de tender, sonó el traquido en toda la selva. ¡Y bien que lo oímos nosotros! Cenando estábamos. Se había recogido padre muy tarde... Y padre cogió su escopeta y echose al campo. «A ver lo que ocurre.» Pocó tardó en volver. Volvía con el otro. Y el otro... ¡mala herida que traiba!... Allá lo tendimos y no se abrieron sus ojos ni su boca. Murióse el hombre, y á la tarde siguiente vinieron por el cadáver y lo enterraron.

ANG. ¡Continúa!

LOR. Después que nos hubimos quedado solos, díjome el viejo con su traza tan arisca: «Muchacho, que hay que guardar la boca, que el no guardarla traería desazón y mengua para nuestros amos.» ¡Para nuestros amos! Le juré el silencio. Y desde entonces, hasta que le llamó Dios, que no fué tardío, á cada instante solía el viejo decirme: «Lorenzo, punto en boca.» Yo: «Punto en boca.» Hasta hoy.

ANG. ¡Continúa!

LOR. Cuando me hice grande, comencé á sentir las hablillas que por ahí corrían.

ANG. ¡La impostura, la calumnia!

LOR. Tal la llamaba yo para mi capote. «¿Disparatará esta gente con lo que dice? ¡Esto es un falso testimonio!...» Pero más que lo fuera... yo, punto en boca. Lo jurado. Hoy, sí; hoy me descoso los labios y se lo digo á usted. Ha sido esa una patraña muy grande, señorita, una mala fama de gente ignorante y ciega, porque... Oiga usted esto... Lo que toca al lance... Es verdad que aquel debió de ser un lance de amores ocultos.

ANG. ¿Y piensas tú?...

LOR. No pienso más ni menos de lo que me consta. Por lo que ocurrió... Y lo que ocurrió fué, que ya muy avanzada la noche, cerca de la amanecida, llamó á nuestra puerta una mujer. Ya digo... Sola veniba, recatada, más amarilla que una defunta. Buscaba al herido; ya le halló muerto. Ni lo que dura un padre nuestro se detuvo junto á él. Y volvió á salir como perseguida.

ANG. ¿Y aquella mujer?

LOR. Aquella mujer no era la del amo.

ANG. ¿Era?...

LOR. ¿Ve usted donde estamos ahora? Pues la que está más adentro.

ANG. (Levantándose agitada.) ¡Allí, entre aquellas sombras! (Mirando á la reja.) ¡Ellas me darán la luz!

LOR. Bien ve usted que no la engañaba; ahí tiene mi secreto. Debí guardarlo, porque á truco de lo que remedio, espía soy de otra culpa. Al cabo lo he vendido. Perdónemelo Dios, y mi padre, y aquellos con quienes me creiba en obligación. Pero éste manda, éste arrea, éste azuza... (Dándose en el pecho.) Y cuando aquí se siente uno que muerde la viborilla, ¡entonces se hace uno renegado, y da la vida, y se juega la gloria! (Pausa. Angelita sin atender á Lorenzo, mira por la reja, acercándose á ella. Suena en el interior del convento una campana.)

ANG. Silencio. Llaman á la abadesa.

LOR. ¡Cierto; esa es su señal!

ANG. (Escuchando.) Ha cesado el canto. Vete; ella va á venir. (Empujándole hacia la puerta.)

LOR. (Al salir obligado por Angelita.) Bueno. Allí aguardo. (Vase.)

ESCENA IV

ANGELITA, RAIMUNDA. Más tarde una MONJA. Raimunda aparece en el aposento interior del locutorio.

ANG. (Hecha á un lado de la reja, pegada á la pared entre aquella y la puerta reglar.) ¡Estoy temblando!...

¡Ay, qué dura prueba!... ¡Por tí, madre! A tí me encomiendo.

RAIM. (Llegada á la reja.) ¿Ave María Purísima?...

ANG. (Sin moverse, en voz baja y temblorosa.) Sin pecado concebida.

RAIM. ¿Quién es?

ANG. (Mostrándose.) ¡Tía, soy yo!

RAIM. ¡Oh, que es mi sobrinita amada, nuestro tarrito de miel! ¡Siéntate, hija mía! (Angelita se sienta en uno de los sillones contiguos á la reja. Raimunda lo hace en uno de los que están al lado de allá.) ¿Cómo á estas horas? Ya no te esperaba. ¿Vienes á traerme mi parte de enhorabuena en tu festividad de hoy? ¡Cuéntame; háblame de tus regocijos, de tu novio, de todas tus dichas!

ANG. (Después de un breve momento de duda.) ¡Tía, no traigo enhorabuenas!

RAIM. ¡Jesús! ¿Qué dices?

ANG. Ya no tengo yo novio, ni alegría, ni esperanzas de gloria en el mundo. Soy una afligida criatura que llega al pie de esta reja, implorando un gran beneficio, una gran caridad, una obra santa de misericordia.

RAIM. ¡Tú, Angelita!

ANG. ¡Concédamela usted!... Dios manda hacerlas.

RAIM. ¿Y lloras?

ANG. Amargamente.

RAIM. ¿Por qué razón?

ANG. Por mi madre.

RAIM. (Aterrada, cogiéndose á los listones de la reja.) ¡Por tu madre!...

ANG. Por ella.

RAIM. (Alzando la mirada.) ¡Señor, Dios mío!

ANG. Lloro por mi madre sacrificada, calumniada, desconocida por el esposo que la adoró. Me la acusaron, me la acusan de haber infamado... Dicen... ¡No sé, no sé! Yo no acierto á repetir semejante hatajo de torpezas... Ignoro aún si las comprendo. Una falta que no fué suya, un delito ajeno que salpicó de lodo su frente limpia... ¡Lloro esta injusticia, me muero de aquel dolor!

RAIM. (Dominando su honda inquietud.) Angelita... niña

amada... Oyeme. Es necesario que me atiendas. Bien sabes cuánto te quiero, ¿no es verdad?... tú bien lo sabes. Pues mira, debes alejar de tu mente esas ideas. Recóbrate, hija mía. Torna á tus festejos, á tus dulces amores, á tus bienandanzas.

ANG. No. Eso es imposible, porque hice un juramento.

RAIM. ¡Un juramento! ¿Y cuál?

ANG. Aquella mancha, señora, necesita ser purificada; aquel castigo demanda una reparación. Obtenerla, eso es lo que he jurado.

RAIM. Aquí no te la pueden dar. Vienes engañada.

ANG. (Poniéndose en pie, bajando la voz.) Sor Magdalena, en ese claustro se refugió la que en el siglo fué pecadora.

RAIM. (Airada, imponente.) ¡Calla! Te lo mando. Palabras de insulto son las tuyas.

ANG. ¡De insulto!... ¡No! ¡de insulto, no!... ¡Si digo que vengo suplicante, humilde!... ¡Si soy una mendiga!... Oigame con reposo. La revelación... yo no la quiero para divulgarla. Sea la confidencia cautelosa, aquí en este sitio oculto, y en voz tan débil... tan débil, que solo pueda enterarse mi padre con el oído pegado á estos hierros.

RAIM. ¡No, no! Aquí no se encuentra lo que buscas...

ANG. ¡Míreme, que caigo de rodillas, beso estos hierros, se me deshace el corazón en lágrimas!...

RAIM. (Atribulada, descubriendo al fin su agitación.) ¡Basta, no prosigas! Aparta, déjame. Vé á serenar tu locura y tu descomedimiento.

ANG. Vine para no volverme.

RAIM. (Retirándose de la reja.) Me retiro yo entonces. Adiós.

ANG. Es en vano que huya. (Asida á la reja.) Yo no me voy, yo continúo asida á estas barras...

RAIM. (Precipitándose á la reja.) ¡Silencio!

ANG. Y mis lamentos entrarán por esos pasadizos, hasta el último rincón de la clausura.

RAIM. ¡Modera la voz!... Guarda respeto... Ya te escucho... Habla. (Déjase caer vencida en el sillón y queda en él absorta, desconcertada, con la cabeza baja. Su propósito es de oir y no contestar.)

ANG. ¡Sí, hablaré hasta que brote el calor en ese espíritu helado! No tema los reproches de mi padre, ni los míos tampoco. Olvidaremos aquel daño, para bendecir la merced. Nuestro cariño hacia usted, crecerá; la gratitud lo hará inmenso. Yo grabaré en estas baldosas con mis labios, el nombre de mi bienhechora. Y nuestra alquería desolada, volverá á sonreir como en otro tiempo. ¡Cuánto bien, sólo con extenderse esa mano!... ¡Y qué ejemplo de virtud, y qué acto de justicia!... ¿Cuál sería el alma que no se rindiera?... ¡Si usted es buena, si usted nos quiere!... ¡Hable!... Lo pido yo, lo clama el cielo. ¡Nada todavía!... ¡Hable, responda! Parece que en usted la calumnia se ha hecho piedra. (Pausa. Raimunda sigue silenciosa é inmóvil.) ¡De suerte, que no hallo piedad! Ni ruegos, ni lágrimas... todo es inútil. Ya lo ves, madre mía; no hay redención para tí. La ignominia te acompaña en vida y en muerte. Iré á borrar con mis piés el sitio de tu huesa; que nadie la conozca, que nadie pueda decir: «Aquí enterraron á la mujer culpable, á la perjura.» ¡Que así te llaman! Tal juicio dejaste. ¡Y quien puede no te acude! En una celda del convento, allí tienes otra tumba; allí yace sepultada tu honra.

RAIM. (Levantándose con efusión y arranque.) ¡No! ¡te engañas! Su honra vive. De honra y virtud murió tu madre coronada. Yo hablo de ella á Dios en todas mis horas; rezo por su bienaventuranza eterna. Ama tú el recuerdo suyo; eleva por ella tu oración más pura. ¿Querías un grito de mi corazón? Oyelo, Angelita. Tu madre fué una santa.

ANG. ¡Sí, sí!... ¡Benditas palabras!... ¡Que las oiga mi padre! Le traeré conmigo á que usted se las repita. Y al solicitar él la prueba de que

no son mentirosas, usted también será honrada y santa: va usted á hacerle toda la revelación.

RAIM. ¿Qué más pretendes de mí? ¿Lo que he dicho no te basta?

ANG. ¡Cómo puede bastarme! Lo que ha dicho no desvanece el error. Y mantener el error es mantener la calumnia. Lo que aquí hace falta, es una franca confesión.

RAIM. La confesión obliga al sigilo, y tú amas á un hombre, y vas á ser suya, y á él harás dueño de tus secretos.

ANG. Es verdad; sí. Quiero á un hombre; pero ya están rotos los lazos que á él me ligaban. No he de ser suya.

RAIM. ¿Cómo es posible?

ANG. Vengo á recluirme en el convento.

RAIM. ¡Será eso cierto!

ANG. Sí; al lado de usted, siempre á su lado.

RAIM. ¿Quieres vestir el hábito?

ANG. Obligada estoy. Lo he prometido.

RAIM. ¿A quién hiciste tal promesa?

ANG. (Rápidamente.) A mi madre... Le he ofrecido este voto. Y ahora se lo ofrezco á usted.

RAIM. ¿A tal sacrificio te dispones?

ANG. Resueltamente.

RAIM. ¿Y cuándo entrarás en la reclusión?

ANG. Así que oiga á mi padre invocar con amor el nombre de mi madre.

RAIM. (Después de pensar un momento.) Júramelo por la memoria de tu madre.

ANG. Por ella lo juro y en el nombre de Dios.

RAIM. Pues bien... (Suena dentro la campana. Toque igual al de la vez anterior.) Me llaman á mí.

ANG. ¡No me deje usted!... ¡Concluya! (En el interior del locutorio aparece una monja; Raimunda se vuelve y se acerca á ella, hablando las dos brevemente.) Iba ya á acceder. ¡Señor, que no desista! (La monja se va; Raimunda se acerca otra vez á la reja.)

RAIM. Es tu padre el que viene á verme. Hállase en el otro locutorio.

ANG. Dios nos le envía en tal momento.

RAIM. Dice que viene á despedirse.

ANG. Sí; se desterraba otra vez. ¡Ya no tendrá motivo!

RAIM. No; le he llamado aquí. Yo tamhién voy á hacer mi sacrificio.

ANG. ¡Oh, qué contento y qué felicidad! (Corre á la puerta.) Ya viene. ¡Padre, padre, venga usted! (Entra Clemente; ella cierra la puerta, corre á él, le estrecha en sus brazos.) ¡Mi madre fué inocente! Ahora va usted á verlo.

ESCENA V

DICHAS y CLEMENTE

CLEM. Ya me han dicho que aquí estabas.

ANG. (Volviendo á él.) Ni una palabra. Ahí está quien debe hablar. Llegue, padre, y escuche. (Le conduce á un sillón inmediato á la reja; Raimunda está en pie detrás de los hierros, aguardando en actitud resignada, bajos los ojos y cruzadas las manos.)

CLEM (Llegado ya á la reja.) ¿Qué es esto, hermana?

ANG. Mi anhelo que se cumple, mi conquista que está hecha, ¡que mi madre era inocente!

CLEM. ¿Qué pasa aquí?

ANG. Oiga á su hermana. Ella es quien la vindica.

CLEM. (A Raimunda.) ¿Me engaña esta criatura?

RAIM. (Con voz apagada, sin levantar los ojos.) No; no te engaña.

CLEM. ¿Qué puedes decirme? ¿Palabras huecas como los demás? ¿Qué sabes tú de mis desdichas?

RAIM. Yo sé la verdad. Tú vas á oirla.

CLEM. ¡Oh, Dios!... Me asombras. Ya te escucho. (Siéntase.)

ANG. Yo guardo esta puerta. (Cerrando la de la izquierda.)

RAIM. (¡Ayúdame, Dios mío!) (Pausa larga. Raimunda, inmóvil, siempre en la actitud expresada, vacila antes de comenzar su relación; Clemente, sentado, espera sorprendido y ansioso; Angelita, de pie á la izquierda, separada de la reja, en actitud prudente y respetuosa, vuelta de espaldas á aquélla, sigue anhelante el

relato de Raimunda, que ésta al fin empieza con frase tarda y voz apagada.) Clemente, una mujer delinquió en tu casa; pero esa mujer no fué la tuya. Otra además de ella, vivía á tu lado... recuérdala, orgullosa y austera. Esa fué la que delinquió. Vas á saberlo todo. Para mí eran las visitas nocturnas de aquel hombre que te puso en sospecha; y cuando me sacaste de la quintería y me condujiste á Archilla, tu resolución vino á turbar los desvaríos de aquella falta. ¡Dura separación nos impusiste! Al cabo simulaste tú una partida, yo la creí verdadera; llamé al hombre amado para vernos en mi estancia del cortijo, el abrigaño seguro de nuestros amores, y aquella noche terrible, aquella noche, el enemigo, á quien heriste de muerte al pie de tu cercado, iba á buscar, no á la mujer que junto á tí guardaste, sino á la otra, á la que presumías lejos; á ella, que, enajenada y pecadora, había tenido valor para salir del pueblo, para recorrer sola el camino desierto, largo y obscuro, que la separaba del cortijo. Desde la ventana, amparada por la noche, ví llegar al dueño y señor de mi conciencia; desde allí le ví caer... Salí de la granja, busqué al herido; ya le hallé muerto, y huí camino otra vez del pueblo, donde amaneció sin que nadie hubiese sospechado mi fuga. Al día siguiente me noticiaron que tú habías emprendido un viaje largo y remoto. Al otro día me vine al convento. (Pausa. Clemente llora, la frente entre las manos, sentado en el sillón. Angelita llora también, afectada por la escena, y mirando á su padre.) Ahora me despido de tí para siempre. Tu presencia me sonroja y me intimida. Adiós. No vuelvas á llamarme á esta reja.

CLEM. ¡Aguarda!... ¡y llora conmigo!... ¡Lloremos por nuestra víctima!...

RAIM. ¡Adiós, adiós, Clemente!...

CLEM. ¡No! no te vayas aún. Quiero que al tiempo que me veas llorar, me oigas bendecir. Porque en medio de estas tristezas, apunta una

gloria, y amanece en mi vida, tras de una noche larga y tempestuosa.

ANG. (No pudiendo ya contener la emoción.) ¡Padre!

CLEM. (Recibiéndola en sus brazos.) ¡Tú, hija, tú has producido estas venturas!

RAIM. (Impaciente.) Despidámonos ya, Clemente.

CLEM. Vuelve á tu retiro, hermana. Has hecho una buena obra. Dios te lo pague.

RAIM. (Acercándose del todo á la reja, con intención, mirando á Angelita.) He cumplido la promesa que hice á tu hija.

ANG. Sí, es cierto. Yo cumpliré á usted la mía.

CLEM. ¡La tuya!

RAIM. ¿Y cuándo?

ANG. En seguida, dispuesta estoy. Así que se abra esta puerta. (Raimunda corre la cortina y se va.)

ESCENA VI

ANGELITA, CLEMENTE

CLEM. ¿De qué habla mi hermana? ¿Qué promesa le has hecho?

ANG. Padre, hecha está y hay que cumplirla. He de entrar en el convento.

CLEM. ¡Tú!... ¡Oh, eso no!

ANG. Ahora mismo. Esa es la promesa.

CLEM. Jamás daré mi consentimiento.

ANG. El de esa pobre mujer ha sido un acto de cruel abnegación. En usted confía, sabe que la amparará con su silencio. En mí, no confía... y tiene razón, yo lo conozco Hay que dar á la abadesa una seguridad firme; que no la atormente el miedo de verse murmurada por el mundo, cuando ya al mundo no pertenece. Que me tenga á su lado; que custodie ella misma su secreto.

CLEM. No, hija, no. No puedes separarte de mí. Me quitarías la vida.

ANG. ¡Ay!... ¡La vida me dejo yo entre vosotros! Pero es preciso. Conseguí mi ambición. Ese es el precio. ¿Lo defraudaría ahora? Padre, en este santo negocio no ha de haber en-

gaño. Va usted á consentir. Es fuerza pagar lo que debemos.

CLEM. ¡Ha de ser mi expiación! Inclino mi frente.

ANG. ¿No le dejo feliz, no he consolado sus duelos?... ¡A sus haciendas ahora, á vivir tranquilo, puro de rencores y de sospechas! Allá con el pobre abuelito .. ¡Qué alegría para ese anciano! Voy á llamarle. (Desde la puerta.) ¡Abuelo, abuelo!... Está en la portería.

CLEM. Y Santiago está con él. Bajó acompañándome.

ANG. Cierto; cumplía mi encargo.

ESCENA VII

DICHOS, MAURICIO, SANTIAGO

ANG. ¡Abuelito, viejo mío!... ¡Venga, venga también! ¡Abráceme y béseme! (Yendo á sus brazos, acariciándola.) Abrace á mi padre. (Conduciéndole á abrazar á Clemente.) ¡Dios me ha valido, abuelo! ¡Triunfé!

SANT. ¡Se logró tu afán!

MAUR. (Tembloroso, anhelante.) ¿Es cierto?...

CLEM. Sí, lo es, don Mauricio. ¡Venga usted acá! (Abriéndole los brazos.)

MAUR. (Volviéndose á Angelita, acariciándola con transporte.) ¡Y es ella, hijo mío!... ¡Es ella quien lo ha hecho!... Este ángel de nuestra guarda. ¡Ella, que obra milagros lo mismo que una santita! Así, pues, nos volvemos los tres juntos á nuestra casa. (Á Santiago.) Y usted forma en el convoy.

SANT. ¿Es verdad?... Vamos...

ANG. No; no es verdad. Yo no vuelvo.

MAUR. (Á Clemente.) ¿Qué es lo que dice?

SANT. ¿Por qué, Angelita? (Llevándosela aparte.) ¿Por la exigencia de ese bellaco?

ANG. Porque lo prometí. Estoy obligada.

SANT. ¿Con quién?... ¿Con alguien más?...

ANG. Conmigo misma.

SANT. ¡Ah! ¡No es es contigo, no!... Ya adivino...

ANG. Nada adivines. Detén tu pensamiento. ¡Sé caballero! Calla y respeta mi obligación.

SANT. Callar mis sospechas, bien. Pero ¡perderte! Eso es imposible.

ANG. ¡Calla, Santiago!... ¿Por qué has venido?

MAUR. Pero, ¿es un sueño esto?... ¡Tú dejarnos! ¡Yo no lo quiero!

CLEM. (Bajo á Angelita.) Hija, yo suplicaré á mi hermana.

ANG. ¡Dejadme, dejadme en paz! ¿No me estáis viendo que también lloro? Mis lágrimas son más amargas aún que las vuestras. Soy la más débil. ¡Oh, no! Ya no lloro. Vedlo; animosa estoy y no lloro. (Yendo á la puerta del fondo) ¿No abren todavía? ¿Por qué tardan? (Dando golpes en la puerta.) ¡Abran! ¡Vengan ya por mí, que no puedo más, que vacilo, que desfallezco!... (Apoyándose con las manos en la puerta y la frente en las manos.)

SANT. ¡Oh, amor y bien mío! No pise tu planta ese umbral. (Óyese detrás de la puerta ruido de llaves.)

ANG. (Volviéndose.) ¿Oyes? Ya van á abrir.

CLEM. ¡Oh, Dios piadoso!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, UNA MONJA, luego RAIMUNDA

(La puerta se abre de par en par; una monja con el velo al rostro es quien la abre y se queda luego inmóvil á un lado, cerca del umbral, en la parte de adentro.)

SANT. (Haciéndose atrás aterrado.) Se abre la sepultura.

ANG. (Reprimiendo su dolor.) Sí, abierta está. Y á mí me espera.

SANT. ¡Yo lograré que se cierre otra vez! ¡Oigame la abadesa! (Dirigiéndose á la puerta.) ¡Salgan, escúchenme todas las reclusas de esta casa!... Usurpan mi derecho; me despojan. ¡Es mía esta mujer! ¡Mía, porque me ama! Oiganlo bien: me ama. Sus votos serán blasfemos, porque apartará de Dios su pensamiento para ponerlo en mí. Y vendré yo á esas rejas y dominaré en su espíritu, y el templo y el locutorio, todo el santuario será para nosotros sitio de impiedad y perdición.

ANG. Basta, Santiago. Son inútiles tus voces. (En

el ángulo del pasadizo aparece Raimunda con el rostro velado; allí se detiene muda é inmóvil.) ¿No ves allí? Ya tardo. (Reuniendo á todos en torno de ella.) Adiós, padre... Adiós, abuelito. No se desconsuele. Aquí me tendréis; vendréis á verme los dos. (A Santiago, cogiéndole la mano.) Tú no. Para tí es la despedida eterna. Adiós. Ha sido necesario. ¿No me prometiste ayudarme en mi empresa?

SANT. ¡Te quiero tanto!

ANG. Sí; yo también te quiero. De nuestro amor es obra esta reparación. Amar es esto: unirse para el gozo y para el sacrificio. La felicidad engalana el cariño; el sufrimiento lo consagra. Llora, pobre Santiago, pero resígnate; así me habrás querido bien.

SANT. ¡Oh, noble heroína!... Hágase tu generosa voluntad. Yo te consagro mi martirio. Mi martirio que será perpetuo; porque no te olvidaré.

ANG. ¡Yo á tí tampoco! Allí viviré recluída con la memoria tuya. Y no será sacrilegio, no; Dios no lo reprobará, porque yo le diré: «¡Señor, tú me has asistido, te traigo la ofrenda de mi agradecimiento!» Y mi ofrenda es tu cariño, Santiago; y cuanto más piense en tí más grande será la ofrenda. (Vuelta hacia los demás desde la puerta reglar.) ¡Adiós! (Mauricio la besa un pliegue del vestido, Clemente en la frente. Grupo.)

MAUR. ¡Vé cuantas lágrimas!

ANG. Es cierto. Aquí todos lloramos; pero mi madre sonríe.

CLEM. Por tí rogaremos todos.

ANG. Por mí no. (Señalando al cielo.) ¡Por ella... todo por ella!... (Introdúcese en el pasadizo con pie vacilante. La abadesa da un paso para recibirla. Clemente contempla á su hija con amor y admiración. Mauricio se deja caer desconsolado en un sillón. Santiago llora apoyado en el hueco de la puerta. Esta se cierra. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.